ARCADIO Y LOS PASTORES

II PARTE

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Bibliografía: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 16/04/2015
Número de páginas: 21
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

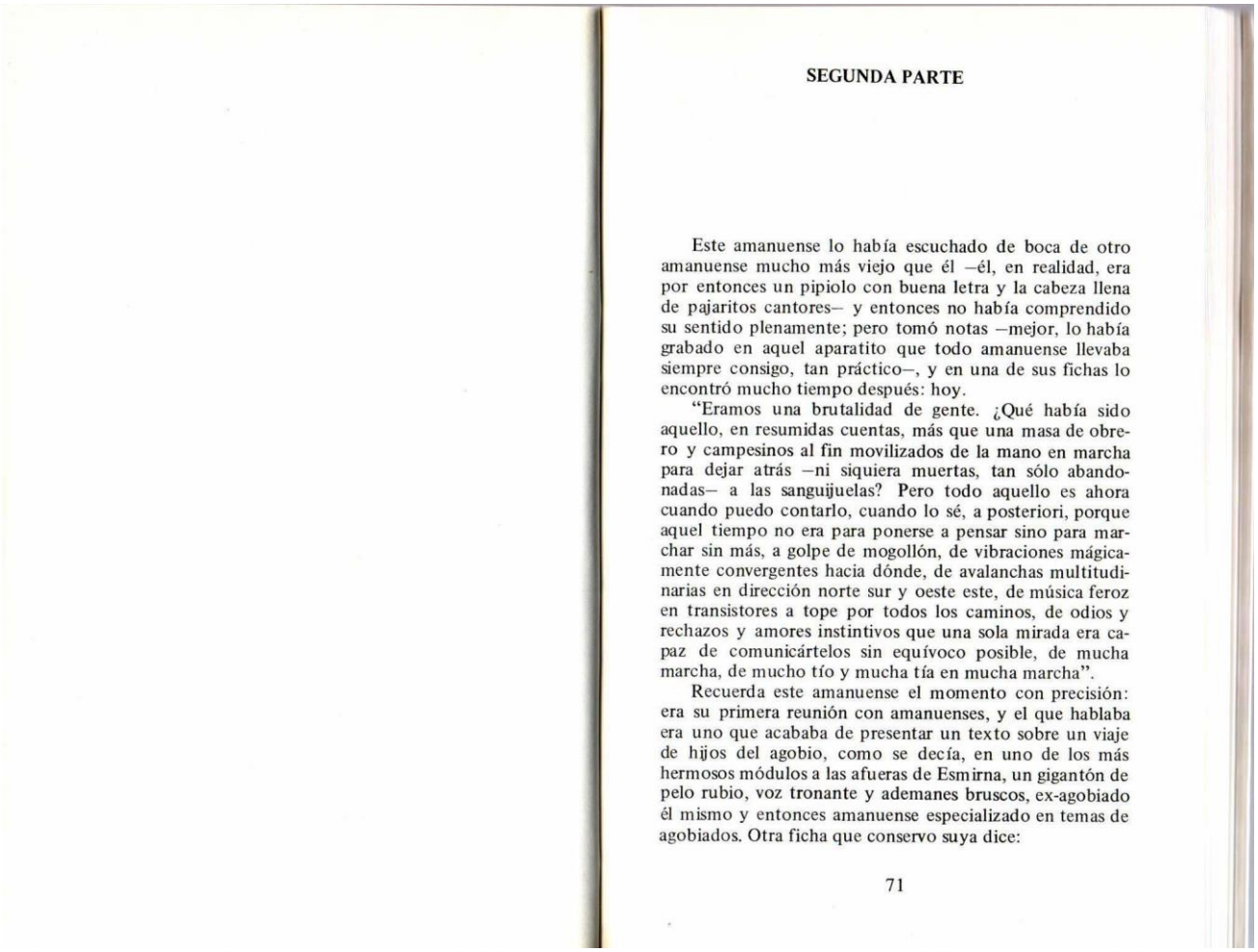
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa.**

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago 97
4. Los rebaños de la transhumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . 106
5. La breve experiencia de transhumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov 134



SEGUNDA PARTE

Este amanuense lo había escuchado de boca de otro amanuense mucho más viejo que él –él, en realidad, era por entonces un pipiolo con buena letra y la cabeza llena de pajaritos cantores– y entonces no había comprendido su sentido plenamente; pero tomó notas –mejor, lo había grabado en aquel aparatito que todo amanuense llevaba siempre consigo, tan práctico–, y en una de sus fichas lo encontró mucho tiempo después: hoy.

"Eramos una brutalidad de gente. ¿Qué había sido aquello, en resumidas cuentas, más que una masa de obrero y campesinos al fin movilizados de la mano en marcha para dejar atrás –ni siquiera muertas, tan sólo abandonadas– a las sanguijuelas? Pero todo aquello es ahora cuando puedo contarlo, cuando lo sé, a posteriori, porque aquel tiempo no era para ponerse a pensar sino para marchar sin más, a golpe de mogollón, de vibraciones mágicamente convergentes hacia dónde, de avalanchas multitudinarias en dirección norte sur y oeste este, de música feroz en transistores a tope por todos los caminos, de odios y rechazos y amores instintivos que una sola mirada era capaz de comunicártelos sin equívoco posible, de mucha marcha, de mucho tío y mucha tía en mucha marcha".

Recuerda este amanuense el momento con precisión: era su primera reunión con amanuenses, y el que hablaba era uno que acababa de presentar un texto sobre un viaje de hijos del agobio, como se decía, en uno de los más hermosos módulos a las afueras de Esmirna, un gigantón de pelo rubio, voz tronante y ademanes bruscos, ex-agobiado él mismo y entonces amanuense especializado en temas de agobiados. Otra ficha que conservo suya dice:

71

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

"Durante muchos años los amanuenses que recorrían –y ese recorrían, interpolo hoy, es un pasado muy pasado que nunca podría ser recorríamos porque yo aún no había nacido– la costa y las islas habían estado tan obsesionados por el fin de la Gran Confederación y la Gran Guerra que en todos sus textos reiteradamente volvían y volvían estos temas; hasta que la basca se hartó y comenzó a pedir más lo que llamaban "retratos de la colectividad", de la nueva generación, y los amanuenses –sobre todo con los nuevos que ya no habían conocido sino por relatos de mayores suyos aquellos sin duda dramáticos acontecimientos–, en lógica comunicación de intereses y gustos, a brindarles lo que pedían. Y la Gran Confederación y la Gran Guerra comenzaron a convertirse en un simple punto de referencia temporal, inicio de un ciclo nuevo sin más, no en tema literario ni nada que se le pareciese".

Hoy, casi en el año 90 de la gran guerra, me siento en la obligación –de necesidad– de interpolar esta evocación en homenaje a aquel gran amanuense que tanto admiré y aún hoy sigo admirando, considerado como maestro mío y de tantos. Es verdad que la Gran Confederación y la Gran Guerra es historia muy antigua para nosotros, nacidos y crecidos en los diversos paraísos de las islas que ellos nos forjaron, pero es verdad también que cada vez más vuelve a ser historia viva, soñamos con aquellos tiempos estelares y admiramos a sus gentes, nuestros inmediatos antepasados. Por eso extraigo otra ficha de este gigantón recientemente desaparecido:

"Eramos los otros, a quienes no se tenía en cuenta a causa de su obstinado –más que no participación, porque participación a la fuerza había, era algo obligado y natural– no aplauso, más aún, manifiesto disgusto. Hasta el día que comenzaron a descubrir que éramos un "vosotros" definido –lo cual no era cierto puesto que nunca hemos sido un "nosotros", un único "nosotros" sino lo contrario, un imposible "nosotros" y "vosotros"– y comenzaron a dejarnos menos en paz, en un primer momento, a intervenir, mejor interferir, en nuestro tiempo y nuestras vidas,

a ensayar la integración –imposible integración ya: no lograban captar nada, salvo lo que ellos consideraban un peligro. La huída hacia "los otros" –ese "vosotros" que ellos decían aunque sin un interlocutor válido que pudiera encajarlo– de un sector cada vez más numeroso y cualitativamente importante de sus nuevas generaciones acrecentó en ellos esa sensación de amenaza y tiempo hubo en el que se temió un supremo acto agresivo de ciego polifemo furioso La gran guerra no había sido más que una pequeña anécdota, un gesto de mal humor, un estertor de una agonía que comenzaba o se anunciaba próxima; había afectado a esos "los otros" que podían considerarnos, muchos habían sido los sufrimientos y las muertes, pero más había afectado a quienes querían convertirnos en un imposible "vosotros": el abandono de sus filas, hasta la gran guerra sólido al menos en apariencia conjunto, se acentuó espectacularmente, el paso a "nuestro" "los otros" llegó a ser incontenible espiral de la huída".

Leídas por mí estas fichas hoy me hacen rememorar vagamente mis años jóvenes y de niñez, de estudiante en la casa de los niños de Trapani, cerca de la tumba de Gina Manfredi, aquella clase de historia de cada año, el día del comienzo de primavera, sobre si la creación de paraísos en las islas había supuesto o no una "revolución" en el sentido clásico antiguo que este término tenía y, si afirmativo, por qué. Y allí había que vernos a la muchachada discutir, razonar, contar y escuchar historias, intentar fijar por escrito conclusiones, cantar y bailar a la sombra del jardín de ciruelos e higueras de Erik Anderson que hacía imposible de localizar el ciruelo y la higuera bajo los que se decía estaba enterrada la bella Gina.

Pero la última de las fichas del ex-agobiado amanuense que hoy necesito convocar aquí es aún más significativa; y entronca aún más si cabe con este "nosotros" –y lo digo sin rubor ya– generacional que podríamos ser.

"Sabíamos que la vida lo era todo y, a la vez, que no valía nada. Tal vez hubiera sido esa la más dura de las lecciones aprendidas; pero la habíamos aprendido bien y

obrado en consecuencia: cuando se impuso con claridad la certeza de que tu vida no era amada por alguien –y no sólo no amada, sino aborrecida en ocasiones– y que no era inviable la vida sin ese "alguien" –ya que nos decían "vosotros" derecho tengo a decirles "alguien"–, más aún, que era sin él más esplendorosa, sin más se lo mandó a tomar por el culo –a freir puñetas, decían los castizos pudorosos– y se montó la cosa al margen suyo; eramos "los otros", pues como tal vivíamos, y en paz. El único problema es que éramos un disparate de variado "los otros", un nada coherente conjunto de grupos, y hubo que bregar lo suyo para encontrar los pocos puntos válidos de juntura, las bisagras claves: esa fue la espléndida conquista de los que hoy considera la basca prehistoria creadora, con la gran guerra en el corazón de todos y cada uno de sus planteamientos teóricos desencadenadores de. Y Juan Bravo el puente tendido hacia el nuevo tiempo que él mismo se encargó de minar –admirable clarividencia– para su pronta y fácil destrucción. Sustituído el puente por audaces y graciosas pasarelas –la niña Gina, el antiguo Borondón, el inolvidable padre del cuchillo y tantos más– de continuo atravesadas por aéreos y arriesgados viajeros –¿quién no recordará con ternura al niño Ahmed Pujol, luego el hombre del colmillo verde, al infatigable Prisciliano Manfredi, al viejo Antonio S.N.P., marinero, a Simón el Mago, ganadero ilustre, y a tantos miles más que debemos recuperar del olvido y a ello estamos tantos amanuenses? –, guardianes del mensaje que hoy nos cohesiona y convierte en más "vosotros" que nunca contra nuestro propio deseo y en cuyo proceso de destrucción –como siempre ha sido y debe ser, creadora– estamos. Nunca, hasta hoy, hemos podido hablar en primera persona del plural. Pero sabemos; sabemos –y es fundamental ese ser conscientes de ello– que podría ser lamentable –ese sentirse "nosotros"– y por eso, en pleno proceso de revisión, volvemos a los que ya tantos llaman "clásicos" –que no lo son, pues como había dicho un poeta "todo clasicismo es muerte"– para interrogarles de nuevo –una vez más,

¡cuántas veces! – y mantener encendido el fuego de –que un día supimos que lo era todo y hoy sabemos de valor incalculable– la vida".

Con auténtico placer rememoro hoy aquel discurso de nuestro bien amado y recién desaparecido ex-hijo del agobio. Aún hoy siguen llegando a estos lares nuestros –aunque cada vez menos, otra es ya la fauna espléndida que nos visita y se nos reúne– gente en moto con su retrato poderoso en adhesivos y guerreras, en chapitas de colores y llaveros, fetichismo que parece morir y renace, ave fénix, de sus más viejas cenizas.

En su honor este nuevo arranque de mi relato, el de Arcadio y los pastores.

1.– La primavera había estado precedida de un espléndido mes de febrero, verdaderamente primaveral, y que casi engañó a todos, al grupo y a las manadas. Cuando por fin llegó, todo fue renacer y alegría. La ternerilla Neyma o Estrella era ya una "chiquilla muy guapa y graciosa", como solía decir el Mago, y en verdad éste sentía debilidad especial por ella aunque otras muchas habían nacido entonces. Con el invierno la aproximación de gente y animales había dado un gran paso adelante –el almacén de grano en que se convirtiera la casa despertador de pájaros había jugado importante en aquella fase–, en particular con recién paridas y ternerillos; el ordeño al asalto se ensayó varias veces al día incluso, en condiciones cada vez más favorables –Arcadio y Estambuli formaban un equipo habilísimo en aquello que ellos llamaron deporte– y Simón, al menos una vez cada tres días, acariciaba a la ternera Estrella al menos unos segundos; temblorosa y aturdida, su mirar tiernísimo y asustado, la carrera nerviosa hacia la vaca madre en guardia al final de las caricias, todo emocionaba particularmente al Mago; al parecer, de entonces data el inicio de su discurso –por las noches solía escribir algo antes de dormir, sintetizaba experiencias y ponía en orden sus ideas sobre las diferentes lecciones del programa de la

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

futura universidad ganadera– sobre la belleza de los ojos de la vaca. El relevo de los dos equipos iniciales funcionó bien; en momentos especiales –cuando tras la quema de las rozas el campo labrado mostraba surcos y camellones Arcadio y Estambuli se negaron a viajar a Guelma, como si quisieran no perderse ni un solo día de observación de la tierra con el grano dentro; cuando la casa despertador de pájaros estaba a punto de ser teminada, nadie de los equipos quiso tampoco abandonar el lugar, con lo que no hubo relevo y todos permanecieron en el valle del Mago más de dos meses a pie de obra– formaban un único y entusiasta equipo muy bien compenetrado. El valle del Mago se mostró, como previsto, buen pastizal de invierno, sólo en zonas más elevadas y de bosque cubierto de nieve como aceptable pastizal de verano, aunque no mejor que las altas mesetas que se sucedían más allá del bosque en invierno nevado, amplísimas tierras más altas que Simón reservaba para organizar futuras rutas de trasumancia en las fases finales de la experiencia. Lugar de tránsito, de transición entre altas mesetas y las tierras más benignas de la costa, no cabía esperar catástrofes salvo en caso de año especialmente frío o de climatología anormal o atípica. Y aquel año, al menos, todo marchó con normalidad.

A finales de año, los dos equipos íntegros en el valle, recibieron una breve visita de la camioneta de la compañía de Leila Naser en pleno; sólo dos días –el Mago insistió en que debían ser breves aún las interferencias–, fueron a su modo la celebración del cambio de estación y año, la casa despertador de pájaros terminada al fin. Presentaron avances de lo que preparaban para su gira de primavera, Olga Marruz cantó sus nuevas composiciones –los arreglos musicales grabados incluían instrumentos y aires musicales de la región–, Leila Naser hizo en honor de Estambuli –vestida de Marcela– el monólogo clave de la pieza de Otromundo que representaran en su presentación en el teatro de Guelma; fueron dos únicas sesiones, largas y animadas, en el interior de la casa –el frío era intenso– convertido, con telón de fondo de almacén-dormitorio, en escenario-

auditorio perfectamente intercomunicados; Leila rogó a Estambuli que leyera al menos una de sus cartas de aquel otoño y el chico, aunque vergonzoso no quería al principio, así lo hizo –Leila llevaba consigo los originales– entre el regocijo general. Aquellos días Leila y Estambuli charlaron un rato largo; el muchacho estaba algo más calmado de sus ardores amorosos– "pero todavía al verte se me remueve algo dentro", le dijo Estambuli– y Leila, aunque muy tierna, se mantenía en su obstinación de no dejarse penetrar. Con los comediantes volvieron a Guelma el hamuín Alí –quería ir al dentista–, la chica Ivanova –con problemas de menstruación– y Claudia Auani con un pedido de cosas necesarias para el grupo y algunas indicaciones para informatizar que Fito Naser les había hecho llegar.

Y atrás aquel espléndido febrero que trajo el deshielo de las zonas altas y el florecer del único almendro del valle –ciertamente un capricho de la naturaleza, solitario allí a medio camino entre un bosquecillo de acacias y la fuente de la Estrella–, Simón comenzó a preparar con su gente una nueva fase en su doble vertiente agrícola –preparación de la recogida de la cosecha de la siembra de otoño y estudio de la que pensaban hacer en primavera de cebada, avena y guisantes– y ganadera; sobre todo las hembras con crías, muchos animales de las manadas parecían haberse acostumbrado aquel invierno a la presencia humana, a convivir con aquel vecino con el que compartían el agua y que significaba seguridad alimenticia en ocasiones, aunque les molestara con sus caprichos; un par de vacas hubo que aceptaron el ordeño periódico incluso, aunque nerviosas de grado, siempre que éste fuera acompañado de forrage seco de invierno. Podía hablarse incluso –y Simón se mostraba muy satisfecho del trabajo de aquel otoño y aquel invierno– de semisedentarización de una parte muy apreciable de las manadas cerca del agua y de la zona habitada por los hombres; el Mago se felicitaba y felicitaba a su gente del resultado. "La ternera Estrella será una espléndida novilla y, a este paso, una hermosa vaca ordeñable y semimansa".

Finales de marzo trajo consigo tiempo soleado, el total deshielo y el manto de verdor en todo el valle y las elevaciones que lo circunvalaban; más allá, en las altas mesetas, renacían generosos pastizales. Con la nueva estación los dos equipos al completo permanecieron en el valle del Mago, ilusionados con el rumbo que iba a tomar la experiencia en su nueva etapa.

La noche de la fiesta de la entrada de la primavera, Yeni y Filis presentaron a todos sus primeras reflexiones sobre el proyecto de incorporación del valle del Mago a los paraísos de la costa y su fórmula de penetración hacia el sur, hacia las altas mesetas de pastizales de verano. Pensaban las dos mujeres que las redes de agua, gas, electricidad y carburantes diversos bien podían ser subterráneas en casi todo el recorrido y conducciones paralelas a la carretera –que no autopista: debía ser poco espectacular– disimulada a ser posible con terraplenados de bosque y de cultivos y, sobre todo, parte humilde y como menor de una gran cañada real; porque la verdadera vía de comunicación, sobre todo entre el valle del Mago y las altas mesetas, pastizales de verano, debían ser las cañadas; y en las confluencias de dos o más de ellas, intersticios de las rutas de trashumancia o nomadeo, otras casas despertador de pájaros o similares debían ser instaladas como núcleos básicos de aquel futuro arcádico paraíso.

–Debéis visitar la gran muralla verde cuanto antes –opinó Simón el Mago, y las dos chicas estuvieron de acuerdo, aunque ya la conocían por publicaciones especializadas y de divulgación.

A Arcadio se le veía encantado con las explicaciones de Yeni y Filis, eficaz manipulador de la cámara de proyección de películas y proyector de diapositivas; el album personal que se había elaborado con segundas copias de fotografía y esquemas tomados de los de Yeni, más observaciones personales y muestras de flora, se lo mostró orgulloso aquel día a Estambuli, el cual, como si de un maestro se tratara, le hizo alguna observación metodológica y al final se lo calificó de trabajo interesante y a completar.

Sabe este amanuense que las antiguas novelas pastoriles –y este relato no hace más que tender precisamente hacia ese género de novela– siempre fueron artificiosas y un puntito falsas, que la literatura pastoril, esa antigualla, no había sido capaz de expresar algo duradero, a pesar de que el mundo que rodeaba al que escribía tal vez fuera mucho más rural de lo que es ahora –tal vez no, sin duda, y a pesar del esfuerzo realizado por tantos y tantos en el paraíso de las islas–, y a estas alturas del trabajo este amanuense –perdonen por el protagonismo, pero son vitales estos razonamientos para él y por eso intenta comunicarlos–, como le pasara a Heliodoro el negro con su relato de Gina Manfredi, se siente desbordado, tal vez incapacitado para continuar la redacción y desea pedir ayuda, convocar una mini-asamblea de amanuenses si posible fuera, visitar a algunos de ellos, no sabe bien qué. Debe consultar en el departamento de informática.

A estas alturas del relato, además, se ha operado un cambio en su vida que puede ser peligroso para la estabilidad psíquica –tan necesaria para estos menesteres– de este amanuense, un servidor de ustedes. Necesidades imperiosas –una interferencia ajena al paraíso de las islas aunque con nuestros grupos relacionada: hacerse cargo de un gran local y casa en una gran ciudad del interior en el que podría instalarse alguna comunidad con marcha– se han impuesto al programa original previsto para el tiempo de redacción de este capítulo del paraíso de las islas, y hace ya algunas semanas que este amanuense extraña el mar. No se siente con fuerzas, pues, para describir las ruedas amorosas en el valle del Mago de aquella primavera –primavera del 67–, ni la concentración en Hamam Masjutín de los primeros llegados de todos los puntos del paraíso de las islas para seguir llamémosle tratamiento de trashumancia.

Se le ocurre, más allá aún, que bien podría abandonar este relato en el punto en que está, rogar a otro que lo continúe e iniciar otro más acorde con su nueva circunstancia –si ésta viera que iba a prolongarse–, más ciudadano por ejemplo, o más antiguo en el tiempo, más próximo a los

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

años de la gran guerra y muerte de Juan Bravo. En fin, debe efectuar consultas, recomenzar de nuevo.

Soy otro. Tras algunas consultas y reflexión intentaré continuar el relato que mi antecesor dejara en la primavera del 67 tras la gran guerra y muerte de Juan Bravo. Han pasado siete años desde que el amanuense primero de este relato lo abandonara, y mi informante principal ha sido el descomunal Don Fion; el año de su cincuentenario Negro Hermoso –que es lo que en lenguas celtas significa ese nombre, al parecer– nos concedió a varios amanuenses todo su verano para recordar en voz alta y en nuestro –vuestro– honor. Sigo, pues, o comienzo.

Una tarde hermosa y fría del final del invierno, el único almendro del valle en flor, regresaron de Guelma Estambuli Entrambosaires y Arcadio, el hijo de Ulrica, con el censo terminado de las cabañas de la región. Comentaron que en el norte los limoneros estaban esplendorosos con sus innumerables lagrimones amarillos; y que unos cuantos cientos de ovejas se habían puesto en camino hacia el sur por cañadas improvisadas hacía una semana en busca de los nuevos pastizales de primavera y verano. La gente se preparó para recibirlos.

Recordaba Don Fion aquellas semanas con rara minucia de detalles y anécdotas y nos comentó riendo que aquella entrada de primavera había sido en verdad inolvidable para él y calculaba que para todos los integrantes del grupo. Tras un viaje al norte rápido durante el invierno, Ali Hamuín, Catalina Ivanova y Claudia Auani habían regresado un tanto revueltos; Ali y Claudia, que hasta entonces se habían compenetrado muy bien en los trabajos y por la noche, se enzarzaban con frecuencia en pequeñas disputas sin importancia y habían perdido algo de su esponteneidad habitual. Claudia se hacía más de rogar antes de cantar una canción y Ali contaba menos historias divertidas y chistes. Por las noches, Catalina Ivanova se les reunía para dormir en alguna de las pequeñas jaimas que rodeaban a la casa

despertador de pájaros y que, cuando coincidían allí los dos grupos en pleno, eran muy usadas, todo un pequeño campamento.

Claudia Auani era una hermosa muchacha de grandes ojos negros y temperamento apasionado; en una casa de los niños tunecina, en donde había crecido con Flora Abenza, se había criado desde muy niña –su madre Fadela Auani trabajaba en talleres comuneros de repujado de cuero en la ciudad y era poco viajera– y desde muy niña había tenido una intensa relación con uno de sus compañeros de casa, Abdelhakim Aranguren, hijo de Aránzazu Aranguren, famosa marino, casi siempre de viaje pero allí instalada más o menos largos períodos de tiempo. Claudia Auani y Abdelhakim Aranguren habían vivido una tormentosa historia de amor desde antes aún de la adolescencia en la que el carácter ardiente de Claudia había sido el detonante de no pocos momentos desagradables para los dos y para sus propios compañeros y que culminaran en una aparatosa pelea entre ambos en la que Claudia, fuera de sí en un ataque de celos, le había propinado una soberana paliza a su amado compañero. Pasados los momentos dramáticos de la pelea, la asamblea de la casa de los niños, en presencia de Abdelhakim Aranguren y Claudia Auani, calmada ya, decidió que debían separarse para siempre y procurar no verse más a ser posible, no coincidir al menos en la misma casa o región; Claudia, como detonadora o culpable principal del incidente, era quien debía abandonar la casa, a juicio de la asamblea, y así sucedió al día siguiente tras una noche de fiesta, apasionada despedida de su hasta entonces compañero y abrazo final con abundantes lágrimas que conmovió sobremanera a toda la población infantil; muchos lloraban desconsolados y todos recordarían siempre aquella bella historia de amor con tan dramático final. Flora Abenza y otras dos chicas quisieron acompañar a Claudia Auani en su destierro y las cuatro muchachitas dejaron Túnez y viajaron por barco hasta Trapani, en Sicilia, desde donde por avión pasaron a Murcia, en España, para instalarse en una de las comunidades campesinas de la costa que

habían elegido. Dos meses después a Claudia le dio una fiebre mística y durante más de un año se enroló en una de las comunidades de ramadaneros –siempre Flora Abenza cerca, que la adoraba– en donde estudió las tradiciones religiosas antiguas de su tierra de origen. Salvo en dos ocasiones, mucho después y en lo que daban en llamar "viaje de polvo" –viaje de visita de menos de veinticuatro horas de duración, de cortesía o para evitar o combatir fijaciones– nunca más se habían vuelto a encontrar Claudia Auani y Abdelhakim Aranguren; durante el primer "viaje de polvo" que hiciera Abdelhakim a la comunidad en donde Claudia terminaba su formación de bióloga, en la costa murciana, habían llegado incluso a hablar de la posibilidad de abandonar el paraíso de las islas y emparejar, pero habían desechado de inmediato, entre risas y abrazos, aquella "tentación pecaminosa", en palabras de Claudia aprendidas en los textos religiosos antiguos.

La primera en captar pequeñas asperezas en la relación entre Ali Hamuín y Claudia Auani fue, buena conocedora de su amiga, Flora Abenza; se lo comentó a Don Fión por la noche, acostados, y decidieron planear algo para el día siguiente.

–Lo más fácil es que tú, Flora, procures tirarle los tejos al Hamuín, que es un salido del carajo como casi todos ellos, y yo lo intente con la Claudia, ¿no crees? –opinó Don Fion, tras meditar unos momentos y con cara de coña.

–¡Retranca la tuya, gallego! –le había contestado Flora–. ¡Es una lástima, ahora que nos estaba saliendo tan bien lo nuestro, o no?

–Sí, chica. Pero lo nuestro puede continuar. Es sólo un amago para echarles una mano.

Y al día siguiente comenzaron la operación. Flora se fue muy de mañana a la jaima que habían ocupado Ali, Claudia y Catalina Ivanova durante la noche, una radio de transitores bajo el brazo a todo volumen, alborotadora.

–¡Eh, tú, Alí! –gritó desde la entrada–. Te necesito hoy urgente en el cercado nuevo.

Desde dentro los recién despertados la invitaron a entrar.

–Anoche –continuó la chica–, un toro en celo debió atacar a las vacas estabuladas y echó abajo todo un ángulo de la cerca.

–¡Ay, la primavera! –se desperezó Catalina Ivanova, y todos rieron.

En las noches últimas se habían repetido con frecuencia ataques de astados machos en celo contra los animales, fundamentalmente hembras semisedentarias ya con o sin crías y que hasta admitían –aún de regular grado– el ordeño; éstos habían conseguido cubrir a alguna de ellas y habían causado además destrozos en los cercados con su furia violenta de macho caliente. La misma Claudia Auani, con la ayuda de Fidaya Shehade, llamada Filistina o Filis, y de Arcadio, había logrado algunas fotografías y filmaciones que luego habían divertido mucho a la gente.

–¿Y por qué precisamente yo? –preguntó Ali, medio dormido aún bajo las mantas al lado de Claudia.

–Porque el resto de los hombres se van a recibir a los rebaños de Guelma y necesitamos tener bien preparados los apriscos –y Flora Abenza volvió a salir para preparar desayuno.

Poco después, a medio vestir el trío, llegó Don Fion a la jaima y se sentó a la puerta esperando a que terminaran de prepararse los chicos.

–Hoy nos espera un día ajetreado, Claudia: debemos llegarnos hasta el bosque del sur y traer muestras de varios animales que encontraron muertos ayer en el calvero del perro y la cabrita –dijo–. Debemos llevar provisiones para todo el día; calculo que no podremos estar de regreso hasta el atardecer.

Claudia salió de la tienda la primera, con botas de campo y ropa de faena.

–Ya lo sabía, negro. Estoy preparada.

Y se fueron hacia la casa para tomar café. En torno a la mesa de la casa despertador de pájaros estaban ya Simón el

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Mago, Imanol Tolosa y la chica turca, Yeni; Filis, Arcadio y Flora Abenza preparaban el desayuno para todos.

Flora Abenza, o Warda, o Flor, aunque todos en el valle del Mago la llamaban Flora, era una muchacha menudita que a su edad –iniciada la veintena, como Claudia o Estambuli– conservaba aire casi infantil aún; poquita cosa a simple vista, era de una gran eficacia sin embargo y sus decisiones y respuestas se demostraban siempre muy acertadas; los compañeros de grupo, en su breve historia comunera, terminaban por prestar mucha atención a sus observaciones, al revés de lo que ocurría con quienes no la conocían demasiado y para los que solía pasar totalmente desapercibida. A pesar de la gran movilidad de los grupos en el paraíso de las islas, Flora Abenza se había mostrado desde muy niña una inquebrantable conservadora de afectos; y muy selectiva. De su madre, Adoración Abenza, tenía sólo una imagen muy vaga, desdibujada con el paso del tiempo, pues sólo la recordaba de un viaje de cavernícolas muchos años atrás, niña en su casa de los niños tunecina, sabía de ella por viajeros –Sergei de Duvrovnik, por ejemplo, le había traído cartas suyas en el último viaje que hiciera a su tierra de origen– y guardaba como tesoro personal muy íntimo el deseo de hacerle una visita un día, no sabía si ya próximo o no; como guardaba –uno de sus muy selectivos afectos antes dichos–, en una cajita de madera taraceada, un pañal de algodón blanco bordado por su madre en los difíciles meses de embarazo –como un día le contara alguien que conocía muy bien y de cerca a su madre Adoración Abenza– y una rama de olivo muy seca (que a este amanuense le mostró un día, ya montoncito de polvo y trozos diminutos del tallo y hojas– con la casi una docena de cartas maternas recibidas; en una de aquellas cartas, que Flora se sabía de memoria, le explicaba Adoración Abenza que en su paso en expedición de cavernícolas por el sudeste español habían tocado una semana en el valle de Ricote, de la comunidad murciana, y allí se había encontrado con el recuerdo vivo de su apellido, Abenza; "visita un día Ricote, hija, y considérate también de allí", concluía Adoración. En su adolescencia en la costa del levante español, con Claudia Auani, había seguido el consejo de su madre y había visitado una y otra vez Ricote, rara sensación de paisaje familiar incorporado, casi atávico paisaje. Claudia Auani era su otro selectivo afecto conservado a pesar de todos los pesares y cambios de lugar y grupo. Desde muy niñas –tiempo inmemorial– juntas, había sabido adaptarse a su compañera en todo momento, en los días hermosos de los juegos felices de la infancia y en los dramáticos de la historia de amor y separación de Claudia y Abdelhakim Aranguren; la decisión de abandonar con su amiga la casa de los niños tunecina surgió espontánea, como dictada por la lógica o necesidad, sin ninguna sombra... Los meses transcurridos con los ramadaneros más los recordaba por su relación con Claudia –aquel esfuerzo compartido para enterrar fantasmas de fijación amorosa y celos– que por los conocimientos de tradiciones culturales antiguas adquiridos. La elección misma de las comunidades campesinas de la costa murciana para instalarse hace pensar a este amanuense que la carta en la que Adoración Abenza aconsejaba a su hija lejana y prácticamente –podríamos decir– desconocida había jugado papel subliminar en la elección de lugar de las dos chicas, había sido sutil mensaje recibido. Pero a todos estos afectos y recuerdos se imponía la personalidad fuerte, tierna y abnegada de la chica Flora Abenza. Niña feúcha y de cuerpo no demasiado esbelto, por no decir feo, en contraste con la temprana delicadeza femenina de su amiga Claudia Auani en cuerpo, rostro y gestos, Flora se había dado con especial dedicación al deporte desde chica y había moldeado una figura que, aunque no espectacular, era graciosa y comunicaba vibración atractiva a los que con ella convivieran, y más cuanto más la conocían. Para la misma Claudia Auani Flora se había convertido en imprescindible compañía, casi puntal insustituible o complemento para su no sabrías si calificar de insegura personalidad o manera de ser. Y Flora lo sabía, y a Flora le halagaba aquello, y Flora –abnegación sutil– lo había incorporado a su propio proyecto de vida.

Pero este amanuense se ha perdido en el afán de presentar someramente a las dos muchachas de la casa de los niños tunecina, educadas después en las comunidades campesinas de la costa murciana con sus habituales periódicas escapadas al norte, a los cercanos chiringuito de Eulogio y casa del naranjal o biblioteca de don Borondón, hoy en el valle del Mago en su primera salida de adultas por el paraíso de las islas. Y este amanuense pide perdón por el fárrago de las presentaciones –no sabe el grado de conocimiento o de interés de sus lectores– y sigue con el desayuno interrumpido en la casa despertador de pájaros, un día de aquella entrada de la primavera del año 67...

–¡Lárgate de aquí, puñetero Arcadio! –gritó Filis en el rincón de la cocina de trébedes–. ¡Otra vez has dejado chamuscadas las tostadas!

–¡Pues el chamusco es bien rico, broncas! –se defendía Arcadio.

–No todos tenemos los mismos gustos. Hay a quien no le gusta la chamusquina –terciaba conciliadora Flora, mientras Filis hacendosa trajinaba la cacharrería de cafeteras, teteras y hervidores y Arcadio llevaba la fuente de tostadas chamuscadas a su gusto a la mesa de la esquina del ventanal.

–¡Malas pulgas la Filis hoy, eh Arcadio? –sonriente Imanol.

–No la habrás tratado bien anoche, chico –dijo Yeni socarrona.

–¿Verdad que os gustan las tostadas así? –y Arcadio ocupaba su lugar en la mesa.

–Mejor tostarías tú el café que asarías el pan, muchacho –y a Simón el Mago se le veía contento.

Todos a la mesa, salvo Estambuli que había tomado algo rápido y se había ido para preparar macutos y el vehículo de la expedición que debía ir al encuentro de los rebaños que venían de Guelma y Hamam Masjutín, charlaron entre bromas del plan del día.

–En resumen –zanjó el Mago, colofón al desayuno–: Claudia y don Hermoso al calvero del perro y la cabrita

–Simón llamaba pocas veces a Don Fion por este nombre: normalmente le decía Don Hermoso o Negro Fion–, Flora y Ali se encargan de rehacer las cercas y el resto nos vamos al encuentro de los pastores, ¿o.k.?

–No, Mago. Filis y yo tenemos trabajo de tablero hoy –puntualizó Yeni–. De las chicas, sólo Catalina Ivanova os acompañará.

Y comenzó, una vez más, la marcha mañanera.

2.– Don Fion y Claudia, como habían previsto, prepararon su expedición al calvero del perro y de la cabrita. En una mochila las provisiones, en otra las herramientas que pensaban necesitar, un odre de pelleja de cabra bien alquitranada con agua y una bota de vino que Don Fion siempre procuraba llevar consigo, se hicieron a caballo durante la alborada todo el tramo llano del valle del Mago; la aurora les cogió casi en la linde del bosque, en donde dejaron los caballos, y el ascenso hacia el calvero del perro y la cabrita se lo hicieron a pie. Claudia, pensativa aquella mañana, ascendía por los senderos por delante de su compañero de marcha. Calcularon que serían de tres a cuatro horas de camino.

–Los pastores van a tener dura jornada hoy con este sol –comentó Don Fion con la silenciosa Claudia.

–Decían que estaban como a tres jornadas de campo abierto, que no es mucho. Mañana, si quieren, pueden alcanzar el valle del Mago –y haciendo un breve alto para que el gallego Don Fion llegase a su altura–. ¿Has visto lo degradado que está el bosque aquí?

–Estambuli y Arcadio han estado fichando todo ésto y parece que Filis tiene ya el mapa alzado –Don Fion se detuvo a la altura de Claudia, dejó su mochila de herramientas en el suelo y echó un trago de vino–. ¿Quieres un poco?

–No he conseguido aprender a beber de tu chisme exótico –rechazó Claudia, que prefirió beber del odre de agua–. ¿Sabes tú de bosques, Negro?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

—Más bien poco, y más de los norteños que de éstos del sur —se echó la bota al hombro y se apoyó ligeramente en el de Claudia mientras contemplaba el tramo de bosque degradado—. Estais fuertes las tunecinas, ¿eh?

—Es más fruto de la edad que del origen, Negro —y reanudaron la marcha—. ¿Dónde creciste tú?

—En el norte gallego, en el Pirineo y en la del naranjal de la costa. Este es mi tercer enrolle... —y siguió Don Fion—. ¿Te gusta a ti esta experiencia de interior?

Claudia había tomado de nuevo la delantera, aunque marcaba rítmo menos fuerte de marcha para charlar mejor.

—Por ahora, mucho. Y las escapadas a la costa facilitan la adaptación en mi caso. Simón lo ha planeado muy bien, ¿no crees?

—Sí, y el Fito Naser, que es un genio —hizo una pausa el gallego—. Pero últimamente te noto un poco mosca... Te enrollas regular con Ali.

— ¡Qué va! Lo que pasa es que es todavía un crío y se lo toma todo a la ligera. Y yo sigo siendo un poco posesiva. No lo puedo evitar.

—Flora me contó lo tuyo y lo del Abdelhakim Aranguren. Es una hermosa historia.

Claudia siguió en silencio unos cien metros bosque arriba, ya el matorral y bosque bajo atrás, pero no evitó la conversación.

—Me costó lo mío superar la fijación. A algunas chicas nos suele suceder así. El Abdú era y es un buen tipo —la chica hablaba como para sí, con abundantes pausas, y Don Fion la dejaba, a corta distancia—. Flora Abenza me ayudó mucho... y el año largo con los ramadaneros. Lo de la poligamia no era ninguna tontería —rieron los dos—. Un poco bordecillo con el paso del tiempo, pero en su origen era una espléndida manifestación de solidaridad de grupo.

—Es curioso que las chicas de la costa sur la entendais mejor que las de la costa norte.

—Puede ser normal. Querencias heredadas, supongo —Claudia hizo una pausa, siempre por delante de su compañero en el ascenso; siguió, como para sí—. Prefiero el arreglo a tres, sin embargo.

Caminaron en silencio. El sol comenzaba, más alto, a hacer sentir su fuerza, más cuando el bosque era más ralo. Fundamentalmente pinar por donde atravesaban, a Don Fion le entró morriña de los bosques norteños.

—Nada como el rebrotar en los árboles de hoja caduca te puede transmitir la emoción de la llegada de la primavera —comentó en una de las breves pausas, pero Claudia no pareció conectar con su onda.

Caminaron a la par un rato en uno de los ya abundantes claros, casi en la cima desde donde podían ver su lugar de destino.

—¿Sabes por qué llaman así al calvero del perro y de la cabrita? — preguntó Claudia.

—Parece que es una vieja tradición de los nómadas, de antes de la decadencia y semiabandono de estos parajes. Simón localizó en los mapas viejos esa denominación y la conservó en los más precisos que están levantando últimamente. Un viejo de Guelma le contó que hacía muchos años, cuando él era casi niño aún, unos pastores de la región habían extraviado durante una noche de tormenta un perro y una de las cabritas que a veces acompañaban a los rebaños ovinos en su regreso en otoño al norte y que a la primavera siguiente habían encontrado a los dos animales en aquel calvero, sobrevivientes juntos de las nieves del invierno, en su viaje de primavera en busca de los pastos del sur, y que desde entonces aquel perro y aquella cabrita habían formado pareja peculiar en el rebaño hasta su muerte; más aún, aquel perro había prestado siempre, hasta muy viejo, especial atención a la parte del rebaño descendiente de la cabrita compañera de aventura; muy viejo ya, casi ciego, recorría el rebaño olisqueando el ganado hasta toparse con alguna cabrita descendiente de aquella compañera de extravío y descansaba cerca, y los cabritos incluso jugaban con él, y se dejaba hacer. Otros pastores contaban, pero el viejo guelmés no lo certificaba con seguridad, que un otoño en el viaje de trashumancia al

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

norte, el perro y la cabrita se habían extraviado de nuevo, ya viejos, y a la primavera siguiente habían encontrado sus cadáveres en el calvero que, desde entonces, llevó su nombre.

—Demasiado perfecta la historia para ser verdad, ¿no crees? —comentó Claudia Auani, lista para abordar el último tramo del ascenso.

—Como toda historia de este tipo calculo que algo tendrá de verdadero y algo de fabulación... Lo importante es que es sugestiva, una provocación para la capacidad de imaginar de cada cual.

Desde lo alto del último repecho, bosque de pinos no muy denso, podían ver tras sí el valle del Mago en panorámica espléndida; frente a ellos se extendía otro nuevo macizo montañoso, nuevo valle más angosto que el de la fuente de la Estrella bordeado de montes de escalonadas alturas hacia las altas mesetas no visibles desde allí aunque adivinadas —lejano destello amarillento— tras algunos quiebros de la cinta de verdor... El calvero del perro y de la cabrita lo identificaron de inmediato; era el más amplio claro del bosque de aquel lugar, punto de agua y buen pastizal con viejos ejemplares de álamos y brebe hayedo en una de sus lindes.

—¡Hayas! —se extasió Don Fion—. Para mí son una imagen pirenaica... Uno de los más bellos bosques de hayas que conozco, la selva del Irati le llamaban, hacía ricos a todos los valles que le circundaban... Es bosque bien hermoso y limpio que necesita pocos cuidados, tal vez únicamente tala selectiva anual.

—¿Quieres que comamos algo, Negro?

—Mejor, no; si hacemos un alto aquí, antes de llegar a destino, nos costará más luego reanudar la marcha. Podemos descender hasta el claro, menos de una hora nos llevará, y una vez allá tomar las muestras, comer, echarnos siestecita, si quieres, y pensar en el regreso. ¿No te parece?

Así lo hicieron. En la parte más alta del calvero, en desnivel orientado hacia el sur, filtraciones formaban pequeños estanques cuyas aguas, canalizadas en un único

arroyo, atravesaban el espacio abierto y se perdían por una de las lindes para —invisible desde el calvero del perro y la cabrita por la arboleda—, precipitarse por una cortada a lo hondo de unas barrancas en donde estaban unas famosas pozas naturales de difícil acceso a las que llamaban la fuente de la desaparecida. Nadie en la región había sabido precisar la leyenda que rodeaba a aquella denominación, pero varios viejos recordaban fragmentos de una adivinable trama amorosa con una mujer suicida o castigada. Luz cenital en día muy despejado, el calvero del perro y de la cabrita mostraba toda su gala a los dos visitantes. Don Fion sugirió a Claudia Auani la sombra de las hayas para reposar, al otro lado de las fuentes convertidas en arroyo ligero, y en camino hacia allá descubrieron el pavoroso espectáculo: decenas de cuerpos de cérvidos muertos desparramados, casi carroña ya. Tanta esbeltez cadáver impresionó a los dos expedicionarios y a Claudia se le saltaron las lágrimas.

—Esto no es fruto de epidemia; ésto ha sido una carnicería de una banda feroz.

—¿Podría carroñar a las manadas de por aquí?

—Sí. Hay que tomar muestras y hacer una expedición para intentar enterrar o quemar estos despojos.

En el olvido ya el descanso a la sombra del hayedo, enguantados y protegida la respiración por finos pañuelos, Claudia y Fion tomaron algunas muestras de vísceras que envolvieron en aislantes plásticos y botes herméticos; intentaron enterrar algunos animales, pero no llevaban herramientas adecuadas y el trabajo era demasiado penoso.

—Una manada de lobos por aquí me parece bien raro...

—O perros salvajes, tú. Una verdadera horda animal en movimiento.

Casi una hora estuvieron ocupados en la faena tras la caminata; habían olvidado el hambre y se sentían exhaustos al final.

—¿Cómo no nos dijeron que era tal la magnitud de la carnicería?

—Parece que los vieron desde el aire, en un helicóptero,

y sólo dieron vagas referencias por radio. No debieron creer que fuera importante.

—Pues que vengan por el aire también a hacerse cargo de todo este destrozo. Y habría que investigar también el interior del bosque. Y quién ha sido el agente de esta crueldad, tú...

Abandonaron el lugar serios y apesadumbrados sin haber podido disfrutar apenas del esplendor —hollado esplendor por otra parte— de aquel privilegiado lugar del bosque. A medio camino en el descenso de regreso hicieron el alto prorrogado; de las provisiones comieron poco, desganados como se sentían, y Claudia Auani consintió en beber del vino de la bota siempre compañera de Don Fion; no conseguía dominar el chorrito y se manchó algo la camiseta. Rieron, por primera vez en el regreso al valle del Mago, visible frente a ellos.

—El vino rojo alegra el corazón, Auanita.

—Y en pequeñas cantidades aviva el deseo... Por eso evito sus humores.

—¡Anda allá! ¿Te desagrada desear?

—Depende, chico. Una ha pasado lo suyo por su culpa.

—Para mí desear es como sentir con más pujanza la vida.

—Para mí, morir un poco.

—Curioso, ¿no?

—Ya ves.

Don Fion nos contaba que aquel instante del "ya ves" de Claudia Auani lo recordaba con una precisión tal que aún le producía algo entre fascinación y susto. Recordaba su perfil exacto, recogido el pelo a la nuca y despejada la frente y las orejas, su mirada alta perdida en aquel valle del Mago que tenían a sus pies a punto de explosión primaveral incontrolable. La breve pausa aún la recordaba Don Fion como uno de esos destellos de plenitud, imagen del sin tiempo o de la eternidad.

—Intuyo que va por ahí lo tuyo con Ali. ¿Me equivo-

co? —y Fion temió haber sido descortés, pero ya era tarde.

La chica negó con la cabeza y el otro dejó que prolongara la pausa a voluntad. Mágico perfil, mágico silencio, mágico valle...

—Para Ali, como para tí, según presiento, el deseo y el acto del amor es afirmación vital desbordante, alegría, risa, casi carcajada de felicidad... Para mí, algo agónico, plenitud tan fuerte que se me atenaza al pecho el temor a perderla o no poderla repetir... Es algo difícil de explicar.

—Un poeta antiguo decía que "la paz es grande como el amor, fuerte como el deseo"... Creo que el deseo, ese poder, al ser satisfecho acrecienta el amor, hace más profunda y expande tu relación con los otros...

—Para mí es bien diferente: a mí me fija, hasta la locura, al otro... Y fíjate que digo "al otro", y no a los otros. Esa es mi desdicha. No lo puedo remediar.

A Claudia Auani se le habían saltado las lágrimas y Don Fion se aproximó a ella y la tomó por los hombros, tierno.

—A pesar de todos mis esfuerzos, soy una monógama atroz...

—Monoándrica, deberías de decir, chica —y Fion sonriente quería desdramatizar aquella conversación.

—Me da lo mismo. Sufro.

—Don Fion amagó un breve beso en el cuello de Claudia, su perfil de frente amplia y pelo recogido inmóvil, y notó un ligero respingo de rechazo, interpretó, que le hizo retraerse.

—Todas las caricias se las reservas para el Hamuín Alí...

—No, Fion. En este terreno yo no hago: me pasa.

—No te entiendo bien.

—Mi voluntad no es operativa, no puede nada. Todo me sucede como por voluntad ajena...

—¡Anda allá! No me vas a decir que eres incapaz de calentarte y desear...

—Aunque te parezca raro, así es... y en estos momentos salvo con Ali, claro.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

—¿Y si te erotizan bien? —Don Fion se acercó de nuevo a la muchacha y le acarició la mejilla tersa y fría.

—Puedes acariciar por donde gustes que, aunque quisiera vivamente, nada sentiría.

Fion le desabrochó la blusa y recorrió sus hombros y cuello —la muchacha evitaba la boca— con besos lentos, le trajinó el pantalón y con mano experta recorrió muslos, ingles y clítorix; Claudia se dejaba hacer, se tumbó de espaldas incluso para facilitar el viaje enervante de su compañero, pero su pasividad era notoria.

—Acaríciame tú, por favor —susurró Fion al oído de la chica.

—Si así lo quieres... Pero será inútil.

Claudia acariciaba el torso de Fion mecánicamente, como si acariciara un objeto de madera o una pared de ladrillo, a pesar de los esfuerzos de Fion... hasta que el gallego se sintió raramente inhonesto, mal, tras un corto momento de exultación, inhibido, deshinchado como un paracaídas ya caído.

—Eres imposible, Auanita.

—Ya te lo había advertido.

Se incorporaron de nuevo, arreglaron sus ropas y en silencio contemplaron un rato el valle del Mago allí a sus pies. Fion rompió el silencio.

—¿Y Ali?

Claudia suspiró.

—Su relación conmigo ya no es más que pura cortesía.

—La Ivanova os está ayudando, ¿no?

—Sí. Pero me está costando lo mío renunciar a él. Para Ali es fácil; se lía hasta con las mantas o las vacas. Pero para mí... ya ves.

Se miraron unos segundos y comprendieron que debían regresar a la casa. Así lo hicieron. Un par de horas antes del ocaso, tomaban un café con Flora, Ali, Yeni y Filis en la casa despertador de pájaros. Ali, más dicharachero y contador de chistes que nunca en las últimas semanas, comunicaba alegría; Flora Abenza le hizo un guiño al gallego Don Fion, que éste interpretó como gesto pícaro y de

que algo había pasado entre los dos durante su ausencia y la de —un puntín taciturna y como distraída— Claudia Auani. En cuanto tuvo ocasión, se lo preguntó en un aparte.

—¿Qué tal el Ali, Flora?

—Como todos los hamuínes que conozco; él solito se lió con los cercados y los tenía listos al final de la mañana; se me puso pesado, y el primer polvo fue antes de comer. En la siesta, el segundo. Luego se lió con los apriscos para los que llegan de Guelma, y en dos horas tenía ya listo el trabajo que restaba, que no era poco. Me estaba ya trajinando para el tercer polvo cuando llegasteis vosotros... ¡Qué quieres que te diga!

Rieron los dos. Ali ayudaba a Claudia a organizar las muestras que habían traído del bosque en el frigorífico de la zona habilitada para laboratorio. Charlaban con toda seriedad y Fion y Flora hubieron de salir para que no les molestase su hilaridad.

Estambuli llegaba en ese momento con Catalina Ivanova y les anunció que en dos días más estarían los rebaños de Guelma.

3.— Una jornada antes de que llegaran los rebaños de Guelma al valle del Mago —en donde, por indicación de Simón, debían permanecer no más de dos días y luego proseguir marcha al sur, y en donde se les habían improvisado apriscos no lejos de la fuente de la Estrella pero bien diferenciados de los cercanos a la casa despertador de pájaros—, la compañía de Leila Naser en pleno había instalado sus reales en el valle, justo a media distancia entre la casa despertador de pájaros y el lugar reservado a la acampada de los rebaños de Guelma. Olga Marruz traía, entre sus novedades para aquel año, una canción salsero-blus de variaciones sobre una letra que se atribuía a don Borondón, aunque era improbable que así fuera, aquella que decía: "Nadie te dirá qué tienes/ sino qué sabes hacer. / Nadie te dirá de dónde vienes, / sino a dónde quieres / ir. Y

entrarás en la casa / por tu propio gusto y pie. / Y amarás a todo el mundo / porque amar es un placer, / porque amar / es el único deber". El Otromundo había sintetizado la pieza que estrenaran en el teatro de la ciudad, a raíz de su llegada a Guelma, en una serie de cortas escenas cómicas —el padre del cuchillo y un hamuín, Marcela y Mohamed Hamuín, etcétera— que intercalaban en el recital de la Marruz para que ésta descansara y se tomara sus rones, caipiriñas y demás caprichos alcohólicos que necesitaba como carburante. Sergei de Duvrovnik había puesto a punto para aquella ocasión un espectacular globo-luna llena móvil que podía competir con la más hermosa luna del sur. Y Leila V, la joven de las dos Leilas allí presentes, había conseguido, como avance de un texto que pensaban perjeñar para la próxima temporada Fito y ella, un monólogo sobre el amor informatizado con el que esperaba polemizar a placer. Pero la novedad más esperada era un breve texto de Antón Dolores, recién encontrado entre los papeles de María de la Soledad Muñoz Dolores conservados en la casa-biblioteca del naranjal o casa de don Borondón, un texto que los entendidos decían teológico, de una gran sencillez en su exposición y que la última frase convertía en un comentario de Antón para su amada camella Bernabé. Decía así: "¡Era tan complejo de explicar y a la vez tan simple de comprender! El gran misterio central, que decían, la trinidad, en resumidas cuentas era relación dialéctico-operativa entre el yo o nosotros, el tú o vosotros y los demás, o ellos o aquellos. Y por eso la síntesis suprema, el dios único y verdadero era el nosotros ampliado a todos, el nosotros total y operativo. Elemental, querida Bernabé".

A Leila Naser madre —IV, para entendernos— el viaje y los calores, que ya comenzaban a dejarse sentir demasiado, la tenían algo desencajada y ya había comentado con Felice Otromundo que a su regreso a Guelma quería comenzar a programar su próxima campaña algo más al norte, en las islas mismas o en la costa meridional europea; tuvieron que mantenerla durante el día a cubierto del sol y

sólo salía a pasear con una descomunal sombrilla roja al hombro que descolocaba un tanto a los grupos de bóvidos que circulaban por allí.

—Una, que ya no es una niña, hija —le había comentado a Leila, V para entendernos—. ¡Estos calores!

A la caída del sol, sin embargo, pareció revivir y recuperar toda la prestancia y belleza que la dureza del sol parecía haber domeñado; se la vió activa y animada ayudando en los últimos toques del montaje, coquetear con Felice y en general con todos —Ali Hamuín fue eficaz ayuda en los trabajos más duros y en cada descanso acudía cerca de Leila madre y la atendía y escuchaba fascinado—, actriz nata, fénix renacido.

—Te estás pasando, mamita —la llegó a reconvenir, medio en broma, Leila V en un momento en que Leila madre parecía desplegar todas sus mágicas y embaucadoras tablas ante un Estambuli Entrambosaires que la miraba con sus ojos negrísimos muy abiertos.

—No sé por qué dices eso, hija. Le estaba contando al hijo de Consuelo la atracción que puede ejercer sobre una mujer el número oriental de los encantadores de serpientes. Vosotros los jóvenes siempre tan susceptibles e hipercríticos —y alejándose de ellos hacia donde Sergei y Felice terminaban de centrar la gran luna-globo iluminado—. ¡No sé a dónde vamos a llegar con estos chicos!

Leila V y Estambubuli se sonrieron, cómplices, viendo alejarse a Leila madre, IV para entendernos.

—Siempre igual, ya ves. ¡Vaya mamá me ha tocado!

—Es bien graciosa. ¿No te gustaría ser como ella?

—No es cuestión de si me gustaría o no. Soy diferente. ¿Y tú no, o qué?

—Yo qué sé, chica, no me líes —y Estambuli se dedicó a clasificar las fichas de ganaderos que debía pasar a Fito para programación.

Leila le miraba hacer. Había trabajado casi toda la tarde, parte de ella bajo el sol, y estaba muy cansada. Se sentó a su lado en la mantita de algodón que había extendido a la sombra de unas acacias.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

–En Guelma habían movilizado cantidad de ganado para acá –comentó la chica.

–Casi la quinta parte de la cabaña va a ensayar la trashumancia –y Estambuli reagrupó en un montón las fichas que había extendido entre sus piernas abiertas y las volvió al cajoncito de madera que Arcadio le había hecho como fichero–. ¿No vas a enrolarte tú con los trashumantes?

–No tenemos tiempo. Intentaré que vuelva la compañía al norte, a Guelma, y tal vez con Olga Marruz me vaya con los pastores... pero no más de una semana.

Atardecía. En la casa despertador de pájaros se notaba la actividad que precedía a la cena.

–¿Ensayaréis esta noche?

–Algo, sí.

–¿Lo de la pastora Marcela?

Leila Naser se echó a reír y le dio un beso en la mejilla a Estambuli.

–No, eso no. Lo tenemos muy ensayado ya. Pero, si tú quieres...

–No, chica. No hace falta. Era una broma.

Estambuli cerró la caja-fichero de madera y la colocó a un lado; luego se casi tendió, recostado en el codo izquierdo al lado de Leila. Los días de sol últimos y los trabajos de campo le habían hecho tomar un tinte oscurísimo de piel, casi negro, que contrastaba con su clásico perfil.

–¿Y sigues sin quererte dejar penetrar, Leila?

–Sí.

El chico pareció perderse entre las franjas de colores de la manta de algodón, rojas, blancas, azules, amarillas, y parecía estudiar con detalle las tramas de los dibujos breves y espaciados que rompían aquellas líneas paralelas de color.

–No me siento aún suficientemente motivada para dejar de ser virgen... No sé, creo que me desagradaría un tipo de dependencia que he visto en otros, en mi madre Leila sin ir más lejos,y que intuyo que va por ahí... –Leila hablaba reposadamente, como consigo misma, aunque clara-

mente sus reflexiones al Estambuli iban dedicadas–. A veces siento que este himen que aún consevo es una muralla defensiva que me mantiene a salvo no sé bien de qué, pero de algo importante.

Estambuli, en silencio y sin mirar a su amiga, trazaba en las franjas de colores de la manta signos, como si diseñara tramas nuevas con que animar tanta verticalidad u horizontalidad.

–Temo que, si lo pierdo, pueda sucederme algo similar a lo que le sucede a Olga, por ejemplo, que ahoga su furor uterino en alcohol, cada vez más duro, como ella me explicó un día, ¿sabes? –y Leila le puso una mano en la mejilla casi negra y encendida, contacto que sobresaltó levemente al Estambuli y le hizo distraerse de su enrolle con las franjas de colores de la manta–. O lo que me contó un día Flora que le sucedió a su amiga Claudia Auani en la casa de los niños donde vivían con el Aranguren, a causa de lo cual tuvieron que cambiar de casa...

Estambuli conocía aquella historia; siempre aquellas historias se contaban como ilustraciones modélicas de lo que la vida y su discurrir pudieran ser, todos desde muy jóvenes tenían los oídos atentos a cualquiera de aquellos cuentos verdaderos contados en no importara qué momento y no importaba por quién, sus protagonistas, testigos de los sucesos o gente que las hubiera oído de otras gentes en lugares muy lejanos, memoria compartida al fin.

–Pero a ti no tienen por qué pasarte las mismas cosas –había terminado por intervenir Estambuli–. A lo mejor es peor todo ese miedo que se te ha metido en la cabeza que lo otro...

–A lo mejor. Tu lo has dicho. Pero este miedo lo conozco y me va bien. Lo otro, no lo sé.

–Chica: te está haciendo un lío –y Estambuli se incorporó y se sentó, los brazos abrazando sus rodillas, frente a Leila–. Yo lo veo todo menos complicado.

–Se lo he contado a Fito y me dijo que iba a ensayar conmigo un posible modelo de programa...

–Pues no veas... Te vas a hacer vieja con tu carga de

dudas a cuestas –y Estambuli se mostraba serio y aplomado como un hombre mayor.

Ya casi no se veía y en la casa despertador de pájaros habían encendido luces, señal de que quien quisiera podía pasar a cenar. En el tingladillo montado para teatro probaban la luna-globo y ensayaban los cambios de luces de la iluminación. Estambuli le dijo a Leila que iría a ver los ensayos después de cenar y recogieron la manta y el ficherocajita para irse a la casa. Estaban contentos. Olga Marruz les alcanzó a medio camino. Les entonó, un poco en tono de broma, un aire de fado –"todo son tristezas para mi amor"–, y ganaron la puerta iluminada de la casa.

Había mucho jaleo dentro. Yeni y Filis se habían dedicado a la cocina, tras prácticamente terminar su trabajo de tablero que querían llevar pronto al norte para sacar varias copias y enviar para consulta a otros equipos, y en el fogón tenían montado un número que hacía reír a los que llegaban para la cena. Sergei de Duvrovnik les había dado la receta de unas tartas de amapolas que se hacían en su región de origen y las dos chicas habían hecho media docena de ellas, cada una con pequeñas variantes que se habían inventado. Con los siete del grupo del valle del Mago que estaban allí –a saber, las propias Filis y Yeni, Claudia, Flora, Don Fion, Ali y Estambuli– y los seis del grupo de teatro –las dos Leilas, Sergei, Felice, Hakim, el chaval de Guelma que se había incorporado a la compañía, y Olga Marruz–, eran trece para la cena aquel día. Simón el Mago, Imanol, Catalina Ivanova y Arcadio esperaban que llegaran al día siguiente con los pastores de Guelma y los rebaños.

–Podíais haber hecho una tarta por persona –le decía Don Fion a Filis, muy diligente en la cocina, como siempre.

– ¡Pues no nos han dado poco que hacer éstas, tú! –rezongaba la otra–. Si al menos nos hubiérais echado una mano...

–Estoy a vuestra disposición, ¿qué hago?

–Pon la mesa para trece –era Yeni la organizadora–. Y

tú, Claudia, prepáranos esa ensalada tan bien sazonada que sabes hacer.

Ali quería probar el potage que habían preparado para la cena y Filis se mosqueaba por ello.

–Tú, Ali, deja la cacerola en paz.

–Huele bien.

–A ti, después de un polvo, todo te sabe a gloria –y Filis le dio un manotazo en la mano que intentaba destapar la marmita–. Prepara el agua y descorcha una botella de vino por si alguien quiere tomar una copa.

–Dos, dos botellas, Ali –era Olga Marruz la que intervenía desde el rincón del hielo y las bebidas, en donde había guardado tres botellas de ron que calculaba iba a necesitar para su estancia en la casa despertador de pájaros.

–Podíamos cenar bajo las acacias –sugirió Leila hija, que también zascandileaba por allí, sin duda con hambre.

–No, ya no. Es un lío de preparativos –le respondió Yeni–. Mañana, si queréis, lo montamos así con la gente que llegará.

–Mejor hacer cena rápida en la mesa grande –confirmó Filis–. ¿Vais a ensayar esta noche, Leila?

–Sí. Queremos hacer pruebas de luces y tal. La sesión de mañana debe de ser brillante, como os merecéis todos.

–Gracias, chica. Sois muy amables –era Yeni quien hablaba–. Y, ¿qué tal anda la Olga de voz?

–Divinamente –respondió la Marruz, un vaso largo con hielo en la mano, viniendo hacia el grupo de la cocina que daba los últimos toques a la cena–. Escucha –y entonó con aire de bolero–: "Aunque tan breve, juventud hermosa, aunque tan breve. Aunque tan larga, vida a poco sabes, aunque tan larga. Aunque tan libre todo inalcanzable lo que quisiera, aunque tan libre".

Sin acompañamiento musical, así a pelo, sonó hermosa su voz, ya con ese tono quebrado que el alcohol le iba acentuando cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Al silencio general mientras cantaba la Marruz, como un minuto largo en el que todos suspendieron su actividad, siguió un cerrado aplauso y "bravos" aquí y allá. Don Fion

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

se le acercó por la espalda y la besó en el cuello, casi en la nuca.

—Hermosa voz, mujer —le susurró al oído, y la Olga sonrío y apuró el vaso que llevaba en la mano.

—Gracias, Negro.

La actividad había renacido: la cena estaba lista y fueron ocupando todos su puesto en la mesa.

—Cada vez más hermosa y aguardentosa tu voz, Olga —le dijo al pasar con el cacerolón del potage Filis—. Me dais envidia los que sabéis expresar así de bien la belleza.

Olga rió. Yeni salió a la puerta y voceó a los que estaban en el montaje del teatrillo que la cena estaba lista e hizo sonar una campanilla que había bajo el farol de la puerta de la casa. Ya todos instalados, fueron llegando Hakim, el guelmés, Leila madre, Felice Otromundo y Sergei. También venían hambrientos. Salvo Olga Marruz, Felice Otromundo y un poco Leila madre, nadie tomó vino, con lo que una sola botella bastó para la cena. El potaje, la ensalada y las tartas de amapolas fueron muy elogiados, aunque Sergei puso algunas objecciones sobre el resultado final de las últimas; cató de todas un poquito como experto en su sabor y opinó sobre las más conseguidas; las trocearon y cada uno gustó de las que apeteció. Tras la cena levantaron la mesa; cada uno aclaró su cubierto y lo metió en la máquina lavavajillas, las botellas y cascos recuperables en el contenedor a ellas asignado bajo las acacias, las basuras en otro al lado. Lo normal.

Olga Marruz dijo que no necesitaba ensayar esa noche, que prefería dormir; Don Fion consultó con Flora e invitaron a la Marruz a dormir con ellos; aceptó encantada. Luego, Flora dijo que prefería dejarlos solos y se fue a dormir con Ali y Claudia Auani; a Claudia, más animada aquella noche, le pareció bien la cosa. Antes de dormir escucharon música y Olga les contó cosas de las islas del Caribe, de donde era oriunda, los orígenes de su carrera de cantante en un cabaret clásico de La Habana, su viaje a Europa, su estancia en el que aún llamaban chiringuito de Eulogio —a pesar de que Eulogio había muerto muchos años atrás, lo

mismo que su mujer Josefina—, en donde habían animado varios grupos que hicieron muchas giras por el paraíso de las islas, sus experiencias con las comunidades de cavernícolas y en Spalato, y sus viajes innumerables y cada vez más programados hasta dar en Palermo con la compañía de Felice Otromundo dos años casi atrás. Tenía un niño, Bienvenido Marruz, que vivía en la casa de los niños del Albergo Catania, en Palermo, que ya sabía, a sus cinco años, leer y nadar... De todas las canciones que había compuesto en su vida, de la que se sentía más orgullosa era de una con letra de un poeta antiguo y música suya que comenzaba: "Apuesto por la luz aunque la pierda, aunque la pierda apuesto por la vida; nadie podrá negarme, mar, tus aguas, ni el frescor de tu soplo, viento amigo". Se la cantó, acompañada a la guitarra, y se retiraron a dormir. Los cinco contertulios se sentían sedados y contentos tras aquella improvisada velada de música y conversación. Flora se despidió de Don Fion con un beso.

—Trata bien a la Marruz, Negro. Dale mucho placer. Lo necesita y se lo merece —le dijo al despedirse, y se fue con Ali y Claudia a la jaima de al lado.

Yeni y Filis acompañaron, con Estambuli, a los que iban a ensayar al teatrillo. La luna-globo iluminado funcionó a la perfección; el orto estaba bien conseguido y el lento movimiento, casi imperceptible, hasta elevarse sobre el escenario y pasar a ser en ocasiones única iluminación escénica, quedaba también bien. Sergei rectificó algunos detalles de coordinación entre la luz y el trabajo de los actores y explicó a Hakim, el muchacho recién incorporado a la compañía, algunos extremos del trabajo técnico entre bastidores para cuando el propio Sergei tuviera que estar en escena. Al final, Yeni y Filis se llevaron a su tienda a Hakim y a Sergei, a Felice y a Leila madre les prepararon la parte más confortable para dormir en la casa despertador de pájaros, y Leila V y Estambuli se lo hicieron en la pequeña jaima, lujosamente decorada en su interior con los más hermosos tapices y alfombras, la que llamaban "la coqueta", bajo las acacias últimas del bosquecillo que cobijaba

la casa. Poco antes de la medianoche todo era paz en el lugar. La lamparilla iluminada del interior de "la coqueta" fue la última en apagarse; en el interior de la pequeña jaima Estambuli observaba ensimismado el perfil de Leila Naser dormida y el brillo de la llamita amarillento-azulada se reflejaba en las bandejas de latón dorado y plata antigua que decoraban aquel diminuto interior y le daban irreal aire de sueño oriental.

4.—Por fin, llegaron los rebaños y el valle del Mago se llenó de gente y marcha, de más animación y más alegría. Los altavoces del teatrillo montado por la compañía de Leila Naser funcionaron todo el día con música; las manadas del valle estaban como a la espectativa, casi en la linde del bosque y sólo muy pocas vacas se quedaron en los cercados próximos a la casa despertador de pájaros. Incluso unos pocos caballos que habían traído al final del invierno, aún novedad por entonces en el valle y objeto de mimo especial por parte de todos —Arcadio, principal responsable de la pequeña yeguada, refinado jinete, enseñaba a saltar y a "bailar", como él decía, a una hermosísima potrilla árabe blanca que le traía, como a Simón la novilla Neyma o Estrella, pudiéramos decir que a mal traer— incluso los caballos estaban inquietos con la llegada de aquellos nuevos habitantes —aunque provisionales, pero no tenía la animalada por qué saberlo—, numerosísimos, alborotadores, omnipresentes, como invasores de un espacio que hasta entonces había sido amplio y exclusivo.

Muy temprano en ese día habían llegado en un camioncito Simón, Imanol, Catalina y Arcadio; se habían pasado las jornadas anteriores de reuniones de explicación con todos los responsables de los rebaños y estaban agotados y faltos de sueño; nada más llegar despertaron a Don Fion —Olga Marruz siguió durmiendo—, a Estambuli —Leila hija quiso levantarse con él, a pesar de la hora temprana— y a Ali —Flora y Claudia ni se habían enterado y también siguieron dormidas un par de horas más— para que tuvieran

todo dispuesto mientras ellos echaban unas cabezadas reparadoras. Y a eso de las nueve de la mañana, el sol bastante bajo aún, por todos los puntos del horizonte de nordeste a noroeste, el sol al bies iluminándolo todo, vieron avanzar lo que al principio parecía una débil nube baja o neblina lejana y ténue y poco a poco había ido animándose, a veces polvaredas, a veces titilar de más que luces sombras agitadas por misteriosas brisas, como nuevo horizonte en vibración o en movimiento, los rebaños que se acercaban lentamente. Leila estaba extasiada con el espectáculo; por sugerencia de Estambuli se subió al alto pino que dominaba el bosquecillo cerca de la casa despertador de pájaros y que tanto les había servido de observatorio —aún conservaba allí instalado y bien protegido contra las intemperies el catalejo— en los primeros tiempos de estancia del grupo allí. No se perdió ni un detalle del lento avance de los rebaños y ni siquiera quiso bajar a tomarse un café. Cuando estaban aproximadamente a media hora, Estambuli, con uno de los camioncitos, fue pasando uno por uno por los rebaños recién llegados para coordinar su entrada en el recinto dándoles paso escalonadamente de manera que no se interfirieran ni mezclaran y, como estaba previsto, Don Fion despertó ya a todo el mundo. La marcha mañanera había comenzado.

Catalina Ivanova había ayudado a Yeni, Filis e Imanol a preparar litros y litros de café y té para los que llegaban y para toda la mañana y luego se había ido al pino con Leila Naser y se había instalado en la plataforma observatorio a su lado.

—Hasta la hora de la comida me quedaré aquí. Vienen muchos perros con los pastores —le comentó a Leila—. Estos días anteriores, cuando visitábamos los rebaños, tuve que hacer de chofer y prácticamente no salí del camioncito ni para dormir... Fue un extremo con el que no había contado. No obstante, espero que por la tarde, aún cuando los perros continúen por ahí, esté ya lo suficiente mentalizada como para hacer vida normal.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Leila le dijo que no la comprendía y Catalina se admiró.

—Ah, ¿pero no conoces la historia de la niña meada por los perros? —le preguntó, y ante el desconocimiento de Leila Naser de aquella historia, se la contó brevemente.

Este amanuense creía que su antecesor en este relato había narrado ya, en la presentación de Catalina Ivanova, la tal historia, pues había sido muy conocida por todo el paraíso de las islas y muy celebrada. Sin embargo, al leer lo ya redactado, cuando él se hizo cargo del relato, comprobó que aún no se habían presentado todos y cada uno de los protagonistas con amplitud y redactó algunas sinopsis de algunos de éstos. Y aunque esta anécdota de la infancia de la última de las Ivanovas, Catalina, cobrará particular importancia algo más tarde, aprovecha esta ocasión para presentar una de esas sinopsis preparadas o —mejor que sinopsis, pues no es un compendio exaustivo sobre la materia— breve resumen de una divertida anécdota que se había hecho muy popular durante un tiempo.

Catalina Ivanova, hija de la muy hermosa y de inmoderada coquetería Iriva Ivanova, había crecido en la casa de los niños de la casa del naranjal o biblioteca de don Borondón el Babilónico, en donde llegó a conocérsela como la niña meada por los perros. En un descuido de su madre, de muy niña, aún bebé que no caminaba, en una fiesta de la luna llena de mayo, fiestas por entonces muy populares y concurridas por gentes dispares, comuneros, turistas e invitados, había sido meada por algunos perros que merodeaban por el naranjal y por la playa; su madre no se daba cuenta del por qué de la llorera de la niña Catalina y de aquellas humedades raras, hasta que vio la escena —luego se dio cuenta de que no era la primera vez— sorprendente: un perrito medio chucho con amplia pelambrera sobre los ojos, con aire despistado y como quien no quería la cosa, se acercó a la niña —ya calmada Catalina de su última llantina jugueteaba con la arena al lado de su mamá— por detrás, la olisqueó, alzó la pata y le soltó un chorrito de pis, a cuyo contacto, y como movida por un resorte, la niña

bebé alzó sus manitas a la luna, se olvidó de su juego y estalló en desconsolado llanto.

—¡Pobre hija mía! ¡Chucho asqueroso! —dijo la mamá Irina, corriendo hacia su niña y con tiempo aún para darle un puntapié al asustado chucho.

Lavó a la niña bien, con agua de mar —el atardecer era hermoso y cálido—, y volvió de nuevo al círculo de amigos con los que charlaba de historias de las islas entre canción y canción; la niña jugueteaba de nuevo con la arena, calmada, la mamá Irina Ivanova contaba lo que acababa de suceder, entre divertida y enojada, cuando de nuevo se repitió la escena en presencia de todo el grupo, esta vez como fuente de pipí un perrazo negro, cruce de doberman, de aspecto casi feroz y que la había meado —pobre Catalina, que lloraba desconsolada— en pleno rostro. Era terrible aquello. Irina llevó a la niña a la casa, la lavó y enjabonó a conciencia por tres veces, le cambió todas las ropas y pañales y volvió a la fiesta con Catalina en brazos, preciosa chiquilla risueña recién lavadita. Cada vez que pasaba un perro cerca de la niña decía "mamá, guau-guau", y la mamá o cualquiera de los contertulios, ya al tanto de la historieta, los espantaba y mantenía lejos, ante las risas y palmaditas de felicidad de la niña Catalina.

Al final de la fiesta, cuando ya los grupos se habían ido disolviendo poco a poco —pasado el orto y a medio camino de su cénit la redonda y blanca, su camino de plata sobre el mar— y en muy pocos aún seguía la música, Irina y los no más de media docena de contertulios que hablaban ya de irse, oyeron un grito estremecedor de la niña Catalina: a la luz de la luna vieron, a no más de tres metros de ellos por donde la niña gateaba, a un elegante perro afgano que acababa de mear a la niña —que huía a gatas— en todo el culito.

—¡Oh, no es verdad! ¡Qué maldición! —y la pobre madre Irina no pudo contener el llanto.

Y ambas, madre e hija, desconsoladas aunque sus amigos les decían palabras de alivio, volvieron a la casa a repetir el baño, esta vez cuádruple y con muchísimo jabón.

La anécdota no hubiera dejado de tener su gracia —de hecho en todo el paraíso de las islas se hizo muy popular la anécdota de la niña meada por los perros— si no hubiera tenido consecuencias desagradables y molestas. En los días siguientes perro que veía a la niña —si ella no advertía del peligro con sus gritos y su mamá estaba cerca y podía auxiliarla—, perro que la meaba. Los médicos y veterinarios consultados —los libros de la biblioteca del Antiguo nada decían de aquel raro fenómeno— concluyeron que la niña debía tener un olor corporal que atraía a los canes, imposible de quitar con jabón y desodorante —durante un tiempo Irina trajo a su bebé oliendo a disparatados perfumes— y que lo mejor era mantenerla lejos de tales animales. Mientras la niña no aprendió a caminar, Irina se las ingenió para mantenerla fuera del alcance de las meadas de los chuchos y entre todos construyeron una jaulita cómoda y elevada en donde dejaban a la niña a salvo de aquellos desagradables percances; cuando estaba en la jaulita y un perro se acercaba, la niña —que se sabía a salvo— palmeaba contenta y decía "guau-guau" entre risas. A veces el perro en cuestión merodeaba un rato por la jaulita elevada, e incluso llegaba a mear en alguno de los soportes —la niña se aupaba en la barandilla para verlo mejor— antes de irse.

De entonces data la prohibición de perros en la casa de los niños del naranjal, una vez la niña Catalina aprendió a caminar y pasó a vivir a la dicha casa de los niños. Cuando la llevaban a la casa de los mayores procuraban —ya todos lo sabían, el caso era muy comentado y la niña Catalina muy querida— defenderla del ataque de los canes, hasta que llegó un tiempo en que todo se solucionó: la niña aprendió a defenderse por sí misma y a chucho que veía a chucho que le atizaba una patada en donde lo pillara. Sólo en muy pocas ocasiones desde entonces, y sólo cuando eran ellos los que la pillaban a ella de espaldas o en situación especial —dormida en la arena de la playa tomando el sol, por ejemplo, costumbre que no llegó a arraigar en la chica a causa de ello— eran capaces los chuchos de soltarle el fatídico y molesto pis.

De aquella anécdota de su infancia le quedó a la chica Catalina Ivanova una natural aversión a los perros y, a la vez, una rara atracción —sin duda olorosa— de esos animales por su cuerpo; cuando paseaba por un pueblo ya no se extrañaba de que los perros de alrededor —un día llegaron a medir ese alrededor y resultó ser de diez metros— se le acercaran para —si no los espantaba violenta— olisquearla y en alguna ocasión —ya pocas— para mearla una vez más. Pero ya le hacía gracia, más que la molestaba, la cuestión; y a veces se había acordado de señalar, en los programas informáticos, que tenía alergia a los perros, o algo así.

Leila Naser rió con ganas la historia que le contara Catalina Ivanova, las dos en el alto observatorio del pino, mientras allá abajo terminaban de encerrar en su correspondiente redil a los diferentes rebaños. Un perro pastor, en un momento, se acercó al árbol y dejó allí su correspondiente meada. Rieron las dos muchachas.

—Comprendo que pudiera ser obsesivo para ti, Catalina; yo no sé qué hubiera hecho en tu lugar.

—Pues nada. ¡Qué vas a hacer! Acostumbrarte, apechugar con ello, evitar en lo posible que suceda y tomártelo a risa, ¿no?

—Claro.

La comida transcurrió animadísima y en turnos que se sucedían y entrelazaban, a la sombra de las acacias, en el lugar de honor Simón el Mago y los veinte rabadanes o pastores jefes de los veinte rebaños recién llegados al valle. Los zagales y zagalas de cada uno de los veinte grupos o cabañas, entre tres y cinco, se turnaban e iban y venían de los apriscos a la casa, atendían a los trabajos y se divertían a placer; la Olga Marruz, en ocasiones, entre copa y copa, les hacía bailar rítmos salseros o entonaba alguna canción dulce y evocadora; espontáneos cantores solistas e improvisados coros aquí y allá enriquecían aquello que, a medida que avanzaba la tarde y se acercaba la hora de la función nocturna, cada vez se parecía más a una gran fiesta. Fue, en resumen, una hermosa jornada aquella concentración que todos recordarían como brillante inicio de la nueva ex-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

periencia de trashumancia, de revitalización de la tal, de nueva marcha.

Pero además de rabadanes o pastores jefes, zagales y zagalas y la gente de la casa despertador de pájaros, había otros invitados más o menos relacionados con aquellos trabajos: unos pocos observadores especiales, de los que antaño llamaran periodistas, aunque más cronistas que otra cosa –nunca hubo prisas en las islas por conocer una noticia de inmediato–, y algún visitante ilustre en viaje a mitad turístico a mitad programado, de los que se contaban no pocas historias simpáticas y ejemplares; uno de ellos era Erik Andersen, a sus cincuenta años largos ya legendario jardinero, que había sido muy amado del Antiguo cuando éste vivía y que era cada vez más excepcional que dejara la casa del naranajal si no era a causa de algún proyecto complejo o ambicioso que necesitara de su asesoría o que le atrajera especialmente; el otro era Pepe el de la Colza, ya octogenario, desde su lejanísima adolescencia instalado –y era un caso bien raro de sedentarismo en el paraíso de las islas– en la zona del chiringuito de Eulogio que él había casi visto nacer y en la que había trabajado duro, en concreto en las caballerizas, hasta verlo convertido en el amplísimo complejo que seguía siendo por entonces –y aún hoy–, testigo por lo tanto de excepción. Erik y el de la Colza –a este último con los años se le había acentuado su bizqueo y su tartamudez y los más jóvenes le conocían con el apelativo cariñoso de Tartabizco– se conocían de visitas a sus respectivas casas, se apreciaban y respetaban sus respectivos trabajos aunque no fuesen lo que se entiende por amigos dadas sus diferencias de edad y carácter. A sidi Abdelhakim Bushacor, el antiguo masajista de Guelma, Pepe el de la Colza o Tartabizco le llevaba pocos años, calcularon que apenas tres, y en su estancia en Guelma de paso para el valle del Mago, una tarde tomando te y recordando viejos tiempos de ambos y del paraíso de las islas, llegaron a la conclusión de que más de una vez habían coincidido en sus vidas; y en concreto, más de medio siglo atrás, recordaron el paso de uno de los grupos de hijos del agobio, aquel que

la luego muy famosa Mata Maxa capitaneara en lo del chiringuito de Eulogio; Tartabizco recordó, y los ojos se le llenaron de lágrimas, su breve pero intenso idilio con aquella mujer que luego había de ser clave en la creación de los barrios modulares de Esmirna. "¿Qué habría sido de ella?" Sidi Abdelhakim tampoco había podido darle precisiones, aunque recordaba aquellas espectaculares sesiones de lucha de la chica con el látigo que podía mantener a raya, sin que se le acercaran, hasta a siete, de donde aquel apelativo de Matasiete... Pepe Tartabizco rogó a Sidi Abdelhakim que le acompañara hasta el valle del Mago, pero el viejo guelmés le dijo que no podía abandonar Hamam Masjutín en aquellos momentos, además de que se sentía viejo y cansado para tal viaje. Llevaba el de la Colza una berlina de dos plazas tirada por un caballo –y otros dos de refresco le acompañaban en el viaje, ya de regreso hacia poniente, hacia el chiringuito de Eulogio a donde pensaba llegar mediado el invierno, a finales de año–, carruaje bastante confortable para un viaje sin prisas, mas el viejo Abdelhakim Bushacor no se animó a acompañarle. "Puede viajar contigo Eric Andersen, que está también aquí de paso para el valle del Mago", le sugirió Abdelhakim. Y así fue. Al jardinero le hizo gracia viajar en aquella berlina y, en ocasiones en uno de los dos asientos, en ocasiones en uno de los caballos de refresco, hicieron dos jornadas completas de camino acampando por las noches con alguno de los rebaños que se iban topando por el camino. En la segunda jornada de viaje, sin embargo, se rompió la armonía entre los dos viajeros, sobre todo por la mala costumbre de Eric Andersen de enfadarse demasiado en cualquier cambio de impresiones en el que no hubiese unanimidad de criterios; en este caso fue su defensa, frente al ganadero que era Pepe el de la Colza o Tartabizco –que terminó en discurso airado contra los ganaderos en general– de las áreas agrícolas y ajardinadas frente a las áreas de bosque y pasto. En el primer camión que se cruzó en su camino, Eric Andersen dejó a Tartabizco y su berlina y continuó viaje en él; al despedirse del viejo todavía tuvo un arran-

que más de su mal carácter y se refirió a él como uno más de los "majaderos" ganaderos que no sabían mirar al campo y sus problemas con criterio correcto. Tartabizco, sin embargo, le despidió con un amable saludo, sonrisa y un "qué ma-malas pul-pulgas tienes, o-oye" que quitó asperezas a la mala educación –por todos conocido su mal carácter, por otra parte– del Andersen. Así pues, aunque iniciado el viaje juntos, por separado llegaron al valle del Mago y a tiempo ambos para aquella comida bajo las acacias, fiesta del inicio de la trashumancia.

Simón el Mago había de tratar con suma cortesía al de la Colza, un cuarto de siglo más viejo que él y creador de la cuadra de lo del Eulogio –aún entonces el chiringuito de Eulogio, a tantos años de la muerte del así llamado–, famosa ya y que había enviado yeguadas selectas a tantos lugares distantes, y Arcadio no perdió ni un minuto de la sabia compañía de aquel anciano en las dos jornadas que duró su visita; en la berlina visitaron todo el valle y probaron uno a uno las yeguas y caballos. Eric Andersen se quedó también dos días pero, salvo Estambuli Entrambosaires y Filis, nadie fue capaz de soportar sus diatribas antiganaderas más de diez minutos seguidos; con Estambuli y Filis recorrió también el valle, opinó sobre algunos extremos de la flora, sugirió áreas de cultivo e, incluso, soluciones para las zonas degradadas del bosque que le hicieron visitar. Cuando, los rebaños hacia el sur y los otros visitantes hacia el norte, el valle del Mago se quedó al fin con el grupo de Simón al pleno y solo, todos comentaron aquel verdadero festejo, reflexionaron, cambiaron impresiones y tantos etcéteras de rigor.

5.–Leila Naser –V, para entendernos– había viajado con los rebaños en trashumancia hacia el sur y había permanecido con ellos casi dos semanas; Sergei de Duvrovnik la había animado a ello, así como los demás del grupo, pues sa-

bían que había de ser experiencia creativa para la muchacha. Olga Marruz, que al principio estaba decidida a acompañar a su compañera, se echó atrás en el último momento.

–Temo quedarme sin carburante, chica, y por ahora no estoy preparada para soportarlo –le había dicho a modo de justificación, a la vez que le enseñaba la última botella de ron, ya comenzada.

Y el Estambuli, entre bromas y veras:

–No te irás a liar con algún zagal, ¿no?

–No te preocupes. Creo que aún no –y le había dado un beso en la mejilla–. Te avisaré cuando esté preparada para ese paso.

Había procurado Leila no entretenerse con uno solo de los grupos, en lo posible, más que el tiempo suficiente para conocer su rítmo y alguna historia hermosa que tuvieran para contarle y, cuando volvió de regreso al valle del Mago y a la casa despertador de pájaros –en donde pasaría una sola noche, de regreso a Guelma con cierta urgencia–, venía entusiasmada con la movida que tenían los trashumantes. Por la noche, tras la cena, en ese tiempo de la distensión previo al sueño, Estambuli al lado pendiente de sus labios, Leila les contó algunos momentos de su excursión de quince días, más que historias evocaciones de gentes con las que se había topado y situaciones.

–Había un zagal que llevaba siempre consigo un espejito y que conectaba en horas libres con zagalas de otra cabaña con rayos de sol a través del espejo dirigidos y con una preciosa frase, que a mí también me dijo: "soy un hombre objeto para ti, paloma" –todos rieron la ocurrencia–. Y si colaba, colaba.

O aquella otra muchachita encantadora del norte que había querido ensayar la trashumancia para tener un hijo de un zagal, zagala ella por un tiempo –y antes de conocida, añade este amanuense, la necesidad de evitar la tragedia que Cristino Paulov había de vocear por las islas–, y lo quería engendrar así y no de otro modo, para ponerle al hijo un nombre de árbol: Fresno. Había otro muchacho que al fin había vencido, al segundo día de noma-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

deo, su obsesión con el reloj que se paraba siempre a la una menos diez, obsesión que le atormentaba desde una noche de alarma roja por motivos climáticos; previo a su viaje a las islas y su enrolarse final en los grupos de nomadeo, había visitado muchos de los que llamaban psiquiatras a medida, en el norte, y ensayado no pocos catálogos que le mostraron de "cómo quiere ser usted". Uno de los rabadanes llevaba consigo siempre, y lo extendía en las acampadas y lo contemplaba largo antes de dormir, un bordado coreano con paisaje de lagunas y cañas, una gran luna y grullas volando. Otro rabadán o pastor jefe, un hombre viejísimo y afable que se llamaba Petrol, o algo así, le había contado que había sido abogado en su juventud y había defendido a un ladrón que había robado en su propia casa de cuando abogado, consiguiendo rebajarle la pena de once años, que pedía el fiscal, a cuatro meses. "Toda sociedad tiene los delincuentes que se merece", le había dicho el tal Petrol, y aquel ex-ladrón estaba también en una de las cabañas vecinas; había llegado a conocerle y él mismo le curó una pequeña herida en un dedo con hojas de romero mascadas, según una antigua tradición al parecer. En algunos grupos, a los pocos días de iniciada la trashumancia, comenzaba la gente a tocarse más, chicos y chicas jugando a juegos en los que con frecuencia sus manos se enlazaban. Otro zagal había que llevaba siempre consigo una pequeña maleta y, cuando le daba el siroco, la sacaba a pasear. Y una guapísima muchacha enamorada de un chico algo tonto, que no sabía ni hablar, dócil y amatore que en los descansos tras las comidas hacía garabatos estáticos graciosos con sus brazos, como cuellos de cisne o pato. Otra zagala, de exuberante físico, morena y de hermosos ojos, llamada Pilar, decía que amaba a la gente que en la noche no sabía dónde situar su cuerpo; y en momentos de euforia, añadía: "Yo, me sobro". Un americano un día, con un acordeón –pensaba que sería de origen argentino porque le oyó decir que había llegado cantando tangos y se había enamorado del rai, les contó una hermosa historia de un cantor que en un callejón cantaba "Malena tiene penas de bandoneón", y hablaba con deje así, ché, qué lindo–, les brindó una hermosa tonada –"sobre todo dedicada a las señoras", dijo– de la que recordó y apuntó un sugerente fragmento: "me entregaré a la muerte con la misma alegría con la que me entregué al amor..."

–Necesitas un respiro, Leila –había interrumpido Filis, y obsequiosa–. ¿No te apetece un té?

–Densa tu excursión, chiquilla –sonriente Simón.

Tomaron un té; Ali y Don Fion contaron algún chiste; Estambuli y Arcadio, sentados a la turca, los ojos como faroles, animaron a la chica a seguir con sus evocaciones.

–Más, Leila, más –inquieto Arcadio.

–Una noche, entre música de chirimías y atabales, un viejo pastor jefe enteco y renegrido nos contó una historia de amor trágico de una muchacha que se llamaba Marcela, como la pastora de la función que tanto te había gustado a ti, Estambuli, que para poder vivir libre, como ella pensaba que había nacido, escogió la soledad de los campos. Era una historia literaria clásica, pero en los labios del viejo pastor la espiral del amor, el desdén, la ausencia y los celos, para nosotros tan ajeno hoy, sonaba divinamente; decía que todo lo hermoso es amable aunque no todas las hermosuras enamoran; decía también que algunos antiguos opinaban que el verdadero amor no se divide y ha de ser voluntario y no forzoso... El pastor enamorado de la tal Marcela, muerto de amor, había rogado a su amigo más querido que le enterrara al pie de la peña, donde la fuente de un alcornoque, lugar en el que había visto a la pastora por primera vez... Cosas antiguas pero que, bien narradas, son una hermosura.

Otra noche, continuaba Leila recordando, en que habían degustado un vino del color y sabor de la madera, un muchacho les emocionó al contar un viaje de huída de "un mundo absurdo en el que te pagaban por no trabajar y, además, eras rentable en tu inactividad", como él decía; otro compañero suyo de viaje se sentía feliz pues "ya soy el hombre que nada necesita, la collada de la cruz de Llames de mi niñez al fin olvidada". A modo de mascota los

de aquella cabaña tenían un alce americano, grandote, tímido y solitario; el rabadán o pastor jefe era un tal Potocki, con su carga-chepa de fábulas y perplejidades, y en el mismo grupo había dos zagalas, una de ellas saharaui que decía refiriéndose a los de su pueblo de origen que "¡que juventud tan delgadita!"; fue ella la que les contó también una historia muy plástica de lo que llamaba la noche 27, la noche del destino, en la que se ponían alquitrán en los dedos de los pies para protegerse de los ángeles liberados, y ella también la que les había comentado un bello dicho de su pueblo: "la inteligencia es capaz de construir una casa sin vigas; la ignorancia la destruye". La otra chica de la cabaña del Potocki –Leila recordaba aquel grupo con especial simpatía y se había quedado con ellos tres días completos–, de pelo rufo en crenchas y adornado como con caireles o flecos, era la hija de un rey a quien su país no quería, él no había sabido constatarlo y habían tenido que echarle a bofetadas; conservaba aún la chica no pocos prejuicios raros, un anillo en el meñique del que no se quería deshacer y había pasado largo tiempo como la gente perdida, descolgada o descolocada, tres días de casa en casa como mensajera, hasta que se había topado con aquel muchacho encantador que era el que se decía "el hombre que nada necesita" –Toñín o Toñu su nombre, creía recordar Leila–, se habían identificado plenamente con su nostalgia común de tierra perdida o abandonada y habían iniciado juntos la experiencia de la trashumancia. Aún conservaba la hija del rey la línea de los labios marcada y dura, prolongada y brillante, afirmaba que ante un dolor o un pesar se decía "cerebro mío: no registres este dolor", y no lo registraba, pero en la manera de mirar a su Toñín o Toñu Leila había captado una infinita ternura... En fin. Leila Naser recordó la despedida del tal Toñín o Toñu, cuando ella abandonó su grupo para visitar a otros, bajo la mirada irónica y tierna del Potocki y la hija del rey que le ofrecía un ramo de asfodelos con sus hojas largas como espadañas:

–...Y si vas a Madrid, visita calle Tal, donde un día

habité, y dime, si un día nos reencontramos, si aún existe el lugar, si es casa o descampado el que fuera número tal, si hay niños por allí...

Simón el Mago sugirió que era la hora de dormir, tardísimo ya aquella noche; hasta Don Fion y Ali, Yeni y Flora estaban inmersos en esa dulce o blanda seriedad casi sonriente que da el ensueño; Imanol le había echado un brazo al hombro a Filis, que reposaba la cabeza en su hombro, y Catalina se había acurrucado junto a ellos, como Claudia Auani que reposaba su cabeza en el muslo de Ali. Cuando Leila y Estambuli iban hacia la jaima que decían la coqueta, Arcadio les alcanzó.

–¿Me dejáis dormir con vosotros esta noche? –y sus ojos brillantes y somnolientos les enterneció.

–Claro que sí, Arcadio –sonrió Leila–. Ven con nosotros.

Y fue Arcadio aquella noche quien veló, a la luz de las candelas y los reflejos dorados y plateados de interior oriental de la coqueta, el perfil dormido de sus dos colegas casi hasta el amanecer.

Menos de diez años faltan para que se cumpla el centenario de la gran guerra, cuando estoy escribiendo, intentando llevar hasta el final este relato que dimos en titular "Arcadio y los pastores", y poco más de un cuarto de siglo que pasaron los hechos que estoy narrando. Confío en estar vivo y con fuerzas aún para la celebración del centenario, que se adivina será espectacular y de balance. Mi antecesor amanuense en esta historia, desde que la abandonó para dedicarse de nuevo a la acción directa con los grupos en una gran ciudad del interior ponentina, sé que no ha podido volver a escribir, aunque en ocasiones lo añora, y que ha comenzado a poner en marcha un hermoso proyecto que quieren que esté lanzado para las fechas del centenario: la revitalización de los pueblos abandonados de la alta meseta que rodea a la gran ciudad del interior en la que ahora vive. La última vez que nos vimos –él se interesó por la continuación de éste mi relato de ahora, que fue suyo–

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

en una visita relámpago que hizo a la reunión de amanuenses de la isla de Lampedusa, convocada para preparar el centenario de la gran guerra con un margen de tiempo apreciable de diez años, me explicó que lo que está haciendo en estos momentos no es muy diferente del ejercicio de la escritura, que montar un proyecto ambicioso y que le guste no es muy diferente de escribir un relato como éstos, que la elaboración por escrito del proyecto es tan creativo como la escritura de una novela antigua. "Posiblemente –me llegó a decir– los antiguos escritores de ficciones cuando no podían hacer una cosa la escribían y, así, luchaban contra su propio descoloque o 'locura', que pudiéramos decir o pudiera llamarse". No lo tengo muy claro personalmente pues yo no estoy en el terreno de la ficción sino que hago simplemente de cronista de una realidad, pero intuyo que puede ser verdad lo que el antecesor mío en la redacción de esta historia me comentara. A mí, en concreto, me hubiera gustado escribir biografías, pero es un género casi imposible hoy, tanta es la interferencia de la vida de los grupos en la vida personal; de mis sueños primeros como amanuense tengo una ficha, que era un proyecto, de una biografía que me hubiera gustado escribir, la vida de un hombre que, en mi niñez, escuchada de labios de un anciano caribeño, me pareció ejemplar; podía haberme documentado ampliamente en mis viajes al Caribe, pero siempre, otros temas entre manos, me fue imposible. Quede aquí recogida, en esta pausa que necesitaba hacer en la redacción del relato que me encomendaran, como referencia de sueño irrealizado, y ya irrealizable, de anónimo amanuense. Dice así: "San Juan (o Huan, o Guan) Cubano Blanco de Matanzas López, mulato claro a quien la revolución le regaló una úlcera y una visión del mundo y de la sociedad o de los grupos estoica y sonriente, sosegadora –emisor de buenas vibraciones–, sedadora o sedante, sabia –palabras eficaces, mesura–, contenida y correcta". Tal vez a lectores del paraíso de las islas, nacidos y formados en él, les pueda parecer, a lo menos, extraña la formulación de esta ficha de trabajo, pero

para mí cada palabra era una señal clara, como faro marino en la noche, y a la vez hermética, como algo que yo ansiara penetrar, o conocer, o ser. En fin, ya me siento más tranquilo y con nueva marcha para continuar, esta como nostalgia –de un yo que he notado recientemente con fuerza envejecer– expresada.

Yeni y Filis debían viajar al norte, a Guelma, para de allí pasar a Annaba, la antigua Hipona y menos antigua Ona, y habían quedado con Leila Naser en hacer el viaje juntas en uno de los camioncitos con el que contaban para ese tipo de desplazamientos. Imanol, Estambuli, Arcadio y Simón el Mago se levantaron con las tres chicas al alba para la despedida. A Imanol y a Filis se les veía con talante especial de despedida, sus manos con frecuencia enlazadas y alguna mirada que otra con sonrisa o breve beso consiguiente, tortolitos. Yeni ajustó los carpetones de planos y los ligeros macutos de objetos personales de las tres.

–¿Entre tres semanas y un mes, entonces? –preguntó el Mago tras el desayuno.

–Sí; creo que bastará con ese tiempo –muy segura Yeni.

Leila abrazó a Estambuli y a Arcadio antes de subir al camión y éste se desprendió del abrazo y corrió hasta el cercado de los caballos. Yeni al volante, cuando Filis se desprendió de los brazos de Imanol y se instaló con las otras dos muchachas, se pusieron al fin en marcha; tras ellas, Arcadio en su potrilla blanca les gritaba despedidas.

–¡Hasta pronto, Leila! ¡Guapa! ¡Yeni y Filis, hasta pronto!

A trote lento volvió luego a la casa despertador de pájaros el chico y se entretuvo en preparar él el desayuno para los aún durmientes que no tardarían en levantarse. Aquel día había de hacerles las tostadas chamuscadas a su gusto sin al lado tener las regañinas de Filis persiguiéndole. Desde su llegada al valle del Mago, casi un año atrás, había crecido más de tres centímetros –le había pedido a Estambuli que le midiera una vez más y le pusiera la nueva marca

en una jamba de la puerta de la casa– y se sentía muy ufano de su físico y altura.

–Ya te llego a la oreja, Simón. Para la próxima primavera tendré, al menos, tu altura.

–Y pronto hasta su barba, chaval, que ya el bozo está diciendo "afeíteme por favor" –e Imanol le enseñó a Arcadio los trastos de afeitar que se disponía a usar.

Era Imanol un hombre muy cuidadoso con su figura e incluso los días de trabajo especialmente duro o árduo se acicalaba como si para una "fiesta de sociedad", que decían los antiguos, se tratase. Con minucia limpiaba sus dientes, enjuagaba la boca, se afeitaba con parsimonia, procuraba ducharse con agua fría, incluso en el invierno, y siempre tenía a mano alguna crema hidratante para proteger la piel de su rostro y laca para mantener su cabello bien peinado hacia atrás y que, salvo días muy especiales, parecía siempre recién peinado y casi engominado. A Arcadio le divertía aquello que para él eran manías del Tolosa, pero poco a poco éste le había ido inculcando ese cuidado personal por su físico y esa atención a su mantenerse en forma, sobre todo tras la jornada de trabajo en que, salvo el afeitado, volvía a repetir las sesiones matinales de ducha-limpieza de boca-peinado-crema hidratante-perfumado. Y en los días cálidos todas esas operaciones solía hacerlas al aire libre, en un rincón bajo el bosquecillo de pinos y acacias que Imanol con la ayuda de Arcadio y Estambuli había adecuado para ello, un espejito, un recipiente para el agua fijo a media altura, una manguera y un arca o armarito-arqueta.

El torso desnudo, Imanol se afeitaba ante el espejo al aire libre y Arcadio le miraba hacer.

–¿Te vas a duchar luego?– le preguntó Arcadio.

–¡Claro! ¿No te animas tú?

–No; ahora, no. Hace frío aún; por la tarde sí... Pero si quieres te enchufo la manguera.

Estambuli se acercó y, antes de que terminara Imanol de afeitarse, le pidió que le diera una pasada con la maquinilla por el bigote y las patillas.

–¿No quieres que te dé un toque a ti, Arcadio? –preguntó Imanol.

–No. Voy a dejarme bigote.

–Con esa pelusa no se forma un bigote –señaló Estambuli–. Hasta dentro de dos años por lo menos no se te formará.

–Bueno. Voy a intentarlo al menos –le respondió Arcadio.

Toda la gente estaba ya en la casa y Estambuli se fue para terminar con las tareas del desayuno. Arcadio preparó la manguera, se refugió tras la acacia más próxima y la enchufó hacia Imanol desnudo.

–¿Me tienes miedo que tanto te escondes? –preguntó éste riéndose.

–No, miedo no. Te conozco.

Y es que Arcadio sabía que, aunque vestido, podía ganarse una ducha, o un remojón al menos; no hubiera sido la primera vez que Imanol le dejara empapado de agua, aún vestido, para quitarle el miedo a la ducha matutina, entre risas y bromas; y no estaba dispuesto Arcadio a que aquello sucediera esa mañana.

Luego, sí; una vez Imanol seco y vestido de nuevo, se le acercó para ver el proceso final de su aseo, y accedió a que le perfumara aunque no al peinado lacado. Le gustaban más las greñas naturales. Volvieron hacia la casa.

–¿Y qué vas a hacer ahora sin Filis aquí? –le preguntó Arcadio con interés.

–¿Que voy a hacer de qué?

–Pues, no sé. Vosotros los mayores siempre os apalancais con una chica, ¿no?

–Bueno, sí. Pero no es tan importante. Filis y yo nos lo hacíamos bien... pero podemos seguir bien igual. Además, hay que estar prevenidos contra lo que antes llamaran ausencias y celos.

–Eso aún no lo entiendo. Cuando Leila contaba el otro día cosas de esas, me atraían pero no las comprendía bien.

–Es literatura pasada.

En el desayuno coincidieron con Claudia, Catalina y

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Ali, recién levantados; en silencio tomaban café y la infrecuente seriedad de Ali mostraba a las claras que algo poco agradable estaba sucediendo. Imanol le hizo un guiño de complicidad al Arcadio y en silencio, como sus vecinos de mesa, hicieron los honores al desayuno.

–¡Literaturas pasadas, tío! –le dijo Arcadio a Ali, así en general, dándole una palmada en la espalda al salir y a la vez que le devolvía el guiño a Imanol.

Rieron los dos, cómplices; Ali nada había comprendido y se encogió de hombros; las dos chicas le daban al botón del lavavajillas, las últimas habían sido en meter sus cubiertos allí, y todo el mundo se dispersó por el valle a su tarea cotidiana.

6.–Este amanuense no sabe bien cómo explicarlo, pero lo tiene claro: hay gentes emisoras y gentes ladronas de buenas vibraciones, de operatividad, de marcha –las buenas vibraciones siempre son operativas, y eso sí que lo afirma sin ningún rubor ni temor a equivocarse–, y va a ensayar explicarlo, como siempre, a su manera. Entre tus cercanos siempre hay alguno con el que más a gusto planeas, ensayas, haces o simplemente al charlar te provoca a favor y te nace la historia –o le nace– mejor narrada; la chispa vital de cada uno se complementa, en este caso, apuntala o enriquece a la otra, la hace investigar mayores profundidades; si de proyectar o de planear se trata, el tal proyecto o plan se perfila con mayor armonía o rapidez; están presentes las buenas vibraciones, es más fácil o más satisfactoria la "amistad". Por el contrario, ocasiones hay en que la presencia de alguien produce un efecto absolutamente contrario, no te sale bien narrada la historia en la conversación, el plan o el proyecto se enreda en mil vericuetos sin aparente salida, la chispa vital se amodorra apenas manifestada y es difícil que pase a la acción o que te haga o haga en general pasar a la acción; ese alguien te está robando –o tú a él– las posibles buenas vibraciones emitidas, la operatividad, la marcha; sus emisiones son contrarias o al menos

neutralizadoras; es árdua la "amistad" o imposible incluso: huyes. O debieras huír.

Y estas consideraciones tan vagas, por difíciles de explicar y más por escrito –aún no he ensayado una técnica de trabajo que considero podría ser interesante, la de registrar en cintas magnéticas conversaciones en las que salta la clarividencia y luego trabajar sobre ello–, son claves en el funcionamiento del grupo; en el momento en el que uno comienza a interferir, hace más árdua la "amistad", así en general, bloquea aún sin querer o pretenderlo la operatividad, entorpece la marcha o como se guste denominar este fenómeno, la fuerte cadena que el grupo es –y perdón por tan manida comparación– comienza a debilitarse por ese eslabón pudiéramos decir dañado –o dañante–, pierde su solidez o fuerza, falla. Es entonces cuando se impone la necesidad de cambio –o recambio–, la movilidad, o la pausa –para evitar el parón sin más–, o el relevo, el viaje. El grupo amplio y creador se subdivide una vez más en núcleos más reducidos que mantienen la cota alta de acción y que de nuevo tenderán a reagruparse, a reaunarse, a reconocerse "amigos"...

Y este amanuense pide perdón – ¡difícil aún la palabra para él!– y prosigue su relato allí donde lo dejara: por qué Claudia Auani, Auanita, decidió una vez más en su breve vida cambiar de grupo. ¡Ah!, pero antes de continuar quiere dejar bien claro, para un lector no avispado, que en todo lo inmediatamente anterior también estaba intentando desvelar algo sobre eso tan sutil y difícil de precisar que llaman amor. Y también quiere dejar claro que no está tratanto el tema de forma revolucionaria o incomprensible para la mayoría – ¡el cielo le libre, con todos los antepasados que lo habitan!– sino de manera absolutamente tradicional –la chavalería sabe mucho más que él del tema ya– aunque, eso sí, un poco remozada por el simple hecho de estar intentando ponerlo en palabras y por escrito. Los antiguos sabían que eso –"el amor"– debía ser creador y si no no era eso –"amor"– sino... qué sé yo, tal vez algo que llamaban "pecado" y que no tengo claro qué pudiera significar.

Pero esa creación la concretaban en unos hijitos personales e intransferibles, unas casitas diminutas, cerradas y aburridas, unos objetos de prestigio y no pocas chuminadas más que, a la larga, enfrentaba a unos contra otros... y aquello era el cáos; nunca se les había ocurrido aplicar eso –"¿el amor?"– a la construcción de una hermosa autopista de montaña y bosques, por ejemplo, a la recuperación para la vida de un desierto o un descampado, a la –otra palabreja heredada– "felicidad" del grupo de los cercanos que a la larga sería la de todos... En fin –coletilla típica de amanuenses este "en fin", tal vez por tener que decir muchas cosas sin tiempo material suficiente para ello–, pido perdón de nuevo por este larguísimo paréntesis –casi interpolación podría ser–, e intento seguir de nuevo.

Mediado mayo, Claudia Auani le comunicó a Simón que deseaba irse, de momento pasarse un tiempo de trashumancia en el sur, luego volver a la costa y ensayar nuevo grupo. Simón le dijo que hacía semanas que lo sospechaba.

–Estaba claro, ¿verdad Mago? –y la chica le miraba a los ojos.

–¿Cuándo quieres irte?

–A ser posible, mañana temprano. Fion tiene ya todo mi trabajo en orden y me dijo que puede hacerse cargo de lo que resta y él llevará los datos a Guelma. También le he escrito a Fito Naser para que planee las posibilidades para mí...

–Vamos a preparar para esta noche... ¿qué luna es?

–Nueva.

–Bien. Fiesta de despedida en luna nueva –y ambos sonrieron.

Desde un viaje a Guelma, que habían hecho Catalina Ivanova, Ali Hamuín y ella, Auanita sabía que debía encontrar salida airosa a su relación de pareja con Ali, al que adoraba. Precisamente la personalidad del hamuín, animoso, expansivo, deshinibido, jocoso, arriscado, con esa entereza ligera y voluntariosa que la fascinaba, había hecho que se plantease el tema de la ruptura con una urgencia que la angustiaba; y la cosa se había decantando de mal en peor:

en la última semana el chico había perdido hasta su natural alegría. Al principio creyó que todo iba a ser más fácil y que con la colaboración de Catalina Ivanova –que muchas veces le había comentado que consideraba su cuerpo como un "juguete propio y ajeno" nada más, "salvo para los perros", había añadido riendo en una ocasión, y que le iba bien así– todo podría normalizarse; Sidi Abdelhakim Buschacor, con quien lo había tratado una tarde en Hamam Masjutín, le había dicho que a pesar de que su tiempo era otro y que la nueva chavalería se lo montaba según fórmulas que para él resultaban exóticas, que sí le podía dar un consejo claro: orientar su afectividad hacia el exterior, hacia lo ajeno, hacia los otros, no dejar que se consumiera dentro porque se convertiría en un veneno lo que, fuera, sería un estimulante... "No soy experto en esos temas, muchacha, pero tal vez necesites tener un hijo...", había concluido el viejo, y ella no supo por qué pero le había parecido una tontería y pensó "chochea", y pasó a hablar de otros asuntos con el ancianno. Leila Naser madre –IV, para entendernos– estaba allí cerca y se había enterado, aunque mínimamente, por dónde iba la conversación.

–Creo que eres una mujer ardiente, muchacha –le dijo, así de sopetón, cuando bajaban de la terraza de la casa del Bushacor–. Acompañame al hamam y charlamos un rato allí. Sidi Abdelhakim no puede aconsejarte porque nunca ha sido una mujer ardiente, ¿comprendes? –y Leila madre le había dedicado la más hermosa de sus sonrisas.

Auanita accedió gustosa y, ya en el hamam, tendidas desnudas y relajadas sobre el suelo caliente de la habitación central del baño, la bóveda sobre ellas hermosamente decorada con campos de flores o jardines en noche estrellada, Leila Naser IV escuchó de labios de Claudia su historia en la casa de los niños tunecina con el chico Abdelhakim Arangurem, su adolescencia con ramadaneros y en la costa murciana y su reciente o actual relación sentimental con Ali Hamuín...

–¿Un hamuín? ¡Muchacha! –y Leila Naser se echó a reír y comenzó a refrescar su cuerpo sudoroso por el va-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

por con agua fresca–. Si ese chico que me dices es como todos los hamuínes que conozco y tú una mujer ardiente, el resultado puede ser explosivo.

–Para mí, nuevamente la sombra de la locura, Leila.

–Lo comprendo, muchacha.

Leila Naser, la IV de la dinastía de Leilas Naser, le contó a Claudia Auani cómo había concebido a su hija Leila –que ahora tenía la misma edad que ella, Auanita– en los días de la muerte de Rocco Consales y fruto de su relación amorosa con el hombre que la había desvirgado, Prisciliano Manfredi, cumpliéndose con ello el destino de todas las mujeres de su podría llamarse dinastía de dar a luz a una niña en el inicio de la adolescencia; su madre, Leila Naser III, dos años atrás, había dado a luz un niño, Fito Naser, el Fito que ella conocía, hecho extraordinario en aquellos años de verdadera furia antinatalista; en la casa del naranjal, en donde vivían por entonces y en donde también naciera Fito, en vida aún de Borondón el Babilónico, más de uno opinó, y entre ellos Leila Naser II y Leila la Vieja, que su madre Leila III debía abortar; don Borondón, recuerda que le contó su madre, se encogió de hombros al enterarse de la noticia y opinó que lo del aborto era una decisión muy personal de la mujer en la que nadie tenía derecho a interferir. Y Leila III decidió no interrumpir su segundo embarazo; nació Fito, y nació muy bien, y cuando Leila III, tras la lactancia y la incorporación del niño a la casa de los niños, recuperó su total libertad de movimientos, se había transformado de manera extraordinaria, a sus 28 años largos tenía la sabiduría y serenidad de las mujeres de mucha más edad hasta el punto de que Leila I la Vieja era una especie de chiquilla descocada y temeraria a su lado, y pasó a ser figura clave en la casa del naranjal o biblioteca de don Borondón en los años finales de vida de éste y los siguientes a la desaparición del Antiguo.

–A partir de entonces, al parecer, mi madre Leila III concibió una teoría muy personal y particular sobre la maternidad que más de una vez se la oí discutir con otros y comentar por extenso. Contaba que tras darme a luz a

mí, en su adolescencia, y tras dar a luz a Fito, unos doce años después, había experimentado la maternidad en ambas ocasiones como algo determinante en su vida, pero en su segundo alumbramiento, y tras él sobre todo, había sentido algo que podría llamarse plenitud. Sabía que no podía y no debía generalizar, que una experiencia personal no es más que, con justeza, justamente eso, pero mantenía con pasión sus argumentos: la maternidad en la adolescencia es menos completa que la maternidad en la "madurada juventud", o como quisiera llamárselo, en torno a la treintena de la vida de una mujer. Y mi madre Leila opinaba con pasión que había que profundizar en la tradición hindú de las cuatro edades del hombre, los cuatro ciclos de veinte años en rasgos generales explicados así: hay una primera edad de niño y muchacho hasta los veinte años, de aprendizaje, una segunda de los veinte a los cuarenta, de plenitud de la juventud, la edad de la "procreación" y la "familia", podría decirse, una tercera, entre los cuarenta y los sesenta, de madurez y plenitud intelectual, y una cuarta y última, tras los sesenta, la edad del sabio peregrino, la edad de la venerabilidad... Adaptado este esquema a la realidad de los grupos del paraíso de las islas, mi madre Leila III pensaba, y así lo defendía, que todos los medios de contraconcepción al uso, tan perfeccionados hoy, debían ser usados, y más por el hombre que por la mujer, hasta bien entrada la segunda edad, que la mujer debía elegir el momento de la maternidad en esa segunda edad que decían los hindúes y luego, y a su elección, pensar ya en la esterilización, en un primer momento temporal y luego total o permanente... Cuando mi hija Leila decidió que no quería tener un hijo a la edad temprana en que todas las Leilas anteriores lo habíamos tenido, sobre los quince años aproximadamente, yo opiné que hiciera lo que quisiera y mi madre, sin embargo, le recomendó la maternidad temprana; parecía una contradicción con su pensamiento, pero ella decía que a pesar de que su opinión era esa, en nuestro caso debíamos mantener la cadena de preñez en la adolescencia para que ese extremo pudiera ser mejor estudiado y

sirviera como modélico y término de comparación en un estudio informatizado de la cosa... Leila V, mi hija, sin embargo, pasó de su opinión y decidió cortar por lo sano la cadena de Leilas madres adolescentes... Tú la conoces.

Se había hecho muy tarde con aquella larga conversación en el hamam y las dos mujeres, tras descansar un rato en el atrio-vestuario de las columnas, salieron al frescor de la tarde. Anochecía.

–Pues bien –continuó Leila IV, el brazo al hombro de Auanita, de paso hacia el lugar de la cena de aquel día–: todas las Leilas fuimos también mujeres muy ardientes, salvo Leila III tras su segunda preñez y alumbramiento y, al parecer, mi hija Leila V. A mi madre Leila III, tras dar a luz a Fito, no se le conoció ninguna relación amorosa especial salvo una, por otro lado muy divertida e informal, justo tras la muerte del Antiguo, con Erik Andersen, el gran jardinero. Fue algo muy circunstancial, según le oí contar un día, y le duró a ambos lo que el dolor intenso tras la desaparición de don Borondón... Cuando la casa del naranjal recuperó su rítmo, Erik y Leila III volvieron a su antigua relación de cariño y respeto, de nuevo, sin sexo; no era experiencia representativa o de interés general, en su opinión, sino puramente anecdótica.

Habían llegado las dos mujeres a la casa del Abdelhakim Bushakor de nuevo; antes de entrar, Leila madre terminó con sus reflexiones en honor de Auanita.

–Creo que, como habrás comprendido, no hay un consejo definitivo que pueda darte; yo misma desearía en ocasiones uno para mí. Pero creo que la maternidad y el temperamento ardiente de la mujer deben tener algún tipo de relación que en cada caso debe sopesarse... Tú tienes la clave en tus manos, joven Claudia.

Y Leila Naser IV le dio un beso de despedida y entró en la casa. Claudia Auani paseó un rato antes de incorporarse al grupo para la cena; mil pensamientos contrarios la desasosegaban; tras tan largo discurso, Leila IV había concluído de manera similar al Bushakor: había recomendado pensar en la maternidad. No había recomendado relaciones

promíscuas, ni relaciones a tres, ni períodos de onanismo o lesbianismo, no, sino que le había lanzado todo un discurso sobre la maternidad, con todo lo que ello significaba, aún la tradición del padre del cuchillo viva, de elección de padre, separación tras la concepción, elección de grupo, parto y vida nueva semisedentaria por el tiempo mínimo de primera crianza... Claudia Auani sabía que todo iba a ser diferente a su regreso al valle del Mago. Iba a cumplir los veintidós años, iniciaba esa segunda edad que Leila madre había evocado para ella, estaba preparada para la maternidad.

Durante el regreso al valle y casa despertador de pájaros le dejó caer a Ali, indirectamente, que necesitaba interrumpir el tratamiento contraconceptivo. Ali le dijo que no se preocupara, que él lo mantendría. Por entonces, se había incorporado Catalina Ivanova a sus noches; el hamuín estaba muy contento y Auanita se esforzaba por seguirles su marcha retozona y ligera. A la llegada de la primavera, sin embargo, las cosas no iban del todo bien y a medida que la primavera avanzaba la relación entre Ali y Auanita se iba agriando, a pesar de los esfuerzos de Catalina Ivanova por despersonalizar su rollo. A finales de abril Claudia habló con claridad al hamuín.

–Ali: quiero que interrumpas el régimen anticonceptivo.

– ¡Qué dices, chica! ¡Te voy a preñar!

–Eso es lo que quiero: quedar encinta para irme de ti.

–Hay que consultárselo también a Catalina...

–Por favor, Ali. Dedícame dos semanas en exclusiva y me alejaré para siempre de ti, de vosotros..., del valle, de aquí... –y a Claudia se le saltaban las lágrimas.

Ya había entrado mayo cuando Ali consiguió estar a punto para la fecundación. A Catalina le daba lo mismo; se encogió de hombros, musitó un casi inaudible "¡vaya cómo se lo monta esta chica!" y desde aquel día pasó a dormir cerca de Imanol, Filis de viaje por el norte. La mañana de la separación del trío, serios los tres en el desayuno, Arcadio le había dicho a Ali "¡literaturas pasadas,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

tío!", y ella, Catalina, se había sentido raramente tonta en aquel ambiente tenso, como ajena a aquella complejidad que se le escapaba, realmente literatura antigua para ella.

Auanita habló con Don Fion y le explicó que en dos semanas le dejaría todo el trabajo listo para informar e informatizar en Guelma; a Don Fion le apenó que les abandonara. Cuando Flora lo supo le dijo a Don Fion que si Claudia se iba que lo sentía, pero que ella no tardaría mucho en reunírsele, que ella también abandonaría a la larga. Claudia rogó a Flora Abenza, sin embargo, que la dejara sola en las semanas que pensaba perderse en los grupos de trashumantes del sur y que se reunirían más tarde, en la costa de nuevo, en la nueva experiencia que les recomendaran iniciar. Así darían tiempo a Simón y a Fito en Guelma para reestructurar el grupo del valle del Mago.

Todo en orden, las dos semanas que Ali dedicó a la fecundación de Auanita habían de recordarlas los dos como uno de los períodos más enloquecidos de sus vidas; polvo en la noche, a media mañana, en la hora de la siesta, al atardecer... Ali andaba frenético de un lado para el otro, hacía él solo faenas inconcebibles para un hombre solo, corría tras los caballos en desbandada y los montaba a pelo de un salto felino –Arcadio estaba encantado cuando Ali, más ágil que nunca, se encargaba de la doma, y sólo procuraba evitar que le tocara su potrilla árabe Blanca–, desafiaba a los toros más grandes de las manadas y los saltaba a la cretense o los tumbaba a la portuguesa, reinventó el rejoneo a caballo –hata el propio Simón el Mago llegó a inquietarse, aunque se calmó cuando Negro Fion le dijo por dónde iba la cosa–, subía de un trote el monte de bosque cuando Auanita andaba por allí a la hora del polvo y bajaba luego a la carrera para terminar la tarea que tuviera entre manos, comía triple ración de la habitual y bebía ingentes cantidades de agua y hasta vino, inusual en él, acompañaba a Imanol en sus duchas de agua fría cada mañana y cada atardecer –lo cual, poco amante del agua si no para beber, era rareza en Ali–, un día ante un problema de batería del camioncito no dejó que Estambuli lo remolcara

y empujó hasta conseguir que arrancara, casi cien metros... En fin, Ali pasó a parecer una mala bestia que a todos asombraba y divertía sobremanera.

Y Auanita... más dulce que nunca se la vió en aquel tiempo en ocasiones, activa como el hamuín, extremadamente alegre y jovial, cantarina y dicharachera, pero también a veces ensimismada –sobre todo al anochecer–, perdida bajo el bosquecillo de pinos y de acacias, de paseo solitaria hasta la fuente de la Estrella algunos amaneceres y hasta –Don Fion la descubrió así varias veces y a nadie dijo nada– haciendo diligente su trabajo de bosque o de laboratorio entre lágrimas, suspiros, moqueos, breves exclamaciones como "¡santo cielo, vida mía!", ayes lastimeros o inconcretos sonidos guturales o nasales que llegaban a enternecer –según Don Fion, que lo evocara mucho después– a quien los escuchara.

Tras las dos semanas Claudia Auani, en presencia de Flora Abenza, hizo la prueba del embarazo: ya estaba encinta. Inmediatamente comunicó a Simón su deseo de partir.

–Hace tiempo que lo sospechaba –le dijo el Mago.

Y aquella noche, luna nueva, celebraron una fiesta de la despedida; al cénit lunar Ali y Claudia se abrazaron, muy emocionado el chico, la chica lloraba, "estoy cachondo, Auanita", musitó él, "ya es tarde, Ali: debemos separarnos", pudo llegar a susurrarle al oído ella, y se desprendió del largo abrazo, corrió a la jaima que llamaban la coqueta, se tendió bocabajo en la primera colchoneta que encontró, las manos cubriéndole el rostro húmedo de lágrimas... Flora Abenza se le reunió poco después, pero Auanita le rogó que la dejara sola; en silencio Flora veló su llanto una vez más y, cuando su amiga dormía ya un sueño colmado de suspiros, apagó las lamparillas, cerró la coqueta tras sí y se fue a dormir al lado de su Don Hermoso, como decía el Mago. Bajo una de las acacias del bosquecillo cercano a la casa despertador de pájaros vio a Ali Hamuín tendido, las manos en la nuca, su cachondez enhiesta hacia la luna nueva... Los ojos muy brillantes que unos segundos la miraran

los sintió clavados en el corazón cuando entró en la tienda en la que Don Fion se preparaba para recibir el sueño, y se abrazó a él, las manos frías, el rostro ardiente.

7.–El viaje hacia el sur de Auanita –esta vez sin la compañía, como siempre hasta entonces y como desde poco tiempo después siempre, de Flora Abenza– lo hizo con un grupo procedente de Guelma, el más tardío en llegar para la trashumancia con un no demasiado nutrido rebaño de ganado ovino –razas selectas traídas de Extremadura, en España, por barco desde Huelva y para ensayos de cruces y aclimatación–, más o menos resuelto el problema de fijación con el hamuín Ali y con la ayuda, como hemos visto, de Don Fion y de Catalina Ivanova. Y fue por entonces cuando llegaron Yeni y Filis de su viaje al norte, a los dos días de la fiesta de la luna nueva de mayo que sería llena en junio, con la noticia espectacular que había de revolucionar todo aquel verano el paraíso de las islas: el mensaje del demógrafo Paulov que podía resumirse en aquel eslogan para muchos estremecedor, sobre todo para las mujeres, "chicas, a parir, que ésto se acaba".

Filis y Yeni habían pasado tres semanas en el norte, en Annaba, la antigua Hipona, en donde estaban los mejores y más cercanos servicios de reprografía, para preparar varias copias de los trabajos realizados en tablero hasta el momento –las redes de cañadas reales de penetración hacia el sur con sus pasos difíciles, áreas de servicios mínimos y máximos, intersticios claves de rutas posibles de nomadeo, etc.–, además de para pasar unos días frente al mar, del que ya necesitaban, y allí recibieron el encargo de ser mensajeros para su grupo de las alarmantes conclusiones a las que había llegado Paulov en su estudio; la urgente necesidad de ponerse a parir. Eran todavía noticias vagas que habían de ir perfilándose más y más a lo largo del verano, pero estaba claro el punto de partida de que al furibundo antinatalismo en boga que el padre del cuchillo había perjeñado en una serie de normas prácticas muy

comprensibles y claves del éxito de tantas experiencias del paraíso de las islas sucedía ahora otro nuevo ciclo, otra nueva época, tal vez una nueva edad en la que había que regresar a prácticas natalistas aún no sabían de qué alcance o amplitud.

–Poco sabemos aún del asunto –explicó Yeni la noche misma de su llegada, tras la cena bajo las acacias–, salvo que hay que comenzar a dar a luz como descosidas. El trabajo de Cristino Paulov está siendo estudiado a fondo, al parecer, en estos momentos y en Annaba y en Guelma, que es de donde sabemos algo, han comenzado ya campañas de sensibilización, de discusión en asambleas y reuniones de todo tipo... ¡No veáis la movida que se está organizando! Leila Naser IV, por ejemplo, ya ha dicho que quiere ser madre por segunda vez y ha interrumpido su tratamiento contraconceptivo, justo el último que preveía temporal, pues pensaba esterilizarse en breve, tal vez el próximo otoño...

A Yeni y a Filis les hacía gracia, recordaban las discusiones de Leila madre con su compañero Felice Otromundo que no se animaba a suspender su propio tratamiento temporal de contracepción y que sólo había accedido a ello tras la promesa formal de Leila IV de que los dos se esterilizarían definitivamente tras el segundo alumbramiento de la mujer y que no se separarían ni aún tras la maternidad, a pesar de la doctrina del padre del cuchillo que él consideraba obsoleta tras la "ocurrencia", como él decía, del Paulov... Y se reían al recordar y evocar para sus compañeros la discusión en vivo, improvisada sobre la marcha en el teatro romano de Guelma y como un acto más de la representación de aquella noche, con un público apasionado que intervenía ya a favor ya en contra de uno u otro, y con una intervención final de Leila Naser V –y aquí Estambuli Entrambosaires prestó atención como si de cuestión de vida o muerte para él se tratara– en la que defendía que había mucho que hablar todavía, que ella no entraba en la movida de la maternidad porque sí y por las buenas, que era asunto personal aquel y que ni Paulov ni

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

la computadora ni el padre del cuchillo que se reencarnara podrían hacerla a ella entrar por un camino no deseado. Aquella sesión en el teatro de Guelma –última de la temporada de primavera allí, pues la compañía iniciaba gira por toda la costa hacia Túnez y hasta Alejandría antes de volver a Palermo para organizar la de otoño e invierno– fue la más animada y divertida que las dos chicas, Yeni y Filis, recordaban, más incluso que la del inicio de la trashumancia allí mismo en el valle del Mago que había terminado en tan jaleosa fiesta total. Hasta Olga Marruz había improvisado una canción de salsa-jazz alusiva a la ocasión, con el estribillo disparatado de "mejor trillizos, / mejor gemelos, / o bien mellizos. / ¡Más caramelos!", que causó el delirio, se alargó casi veinte minutos con rítmo reiterativo y dejó a toda la chavalería del teatro, y a los no tan chavales, exhaustos de tanto bailar; luego, en broche dramático, Olga Marruz les comunicó que ella ya no podría sumarse a la nueva orientación pro-natalista que se preveía en el paraíso de las islas: desde hacía tres años se había hecho esterilizar para siempre.

A lo largo de junio habían de pasar hacia el sur, a conectar con las cabañas de trashumantes, escalonados, media docena de mensajeros; cada uno traía nuevas aclaraciones sobre el mensaje de Paulov. La última de las novedades fue ya menos alarmista: se trataba de parir un par de veces cada mujer, según unas edades aún no fijadas, en los próximos diez años; para entonces se calculaba que volvería a precisarse de nuevo la marcha de los grupos. Por otra parte, la "doctrina" del padre del cuchillo, salvo en el antinatalismo –"todo hijo será un accidente no deseado", por ejemplo–, mantenía todo su vigor, seguía siendo actual. Esas nuevas noticias tranquilizaron bastante a todos.

–¡Vaya con la Auanita! Parece talmente que hubiera intuído hacia dónde iba la movida –se admiró Ali tras conocer la noticia.

Y le contó a Filis y a Yeni –se habían extrañado de no ver a Claudia Auani en el valle y en la casa despertador de pájaros– las últimas dos semanas de la chica allí, todo el

proceso de fecundación de la muchacha. Arcadio les relató las locuras del hamuín, cómo andaba como los toros en el inicio de la primavera y festejaron las gracias de Ali.

–Así que estás en período fértil, ¿eh, Ali? –bromeó Yeni–. ¿No te apetece un semental así, Filis?

–Pues es para pensármelo, chica, y sobre todo ahora que me encuentro con un Imanol distraidillo –respondió Fidaya Shehade, la nombrada Filis.

Porque durante las dos últimas semanas Catalina Ivanova, para respetar la intimidad de las noches digamos nupciales de Ali y Claudia, había pasado a compartir su sueño con Imanol Tolosa y al regreso del norte de las dos muchachas orientales aún seguían inmersos en esa euforia de cuerpo nuevo hallado. Nada más llegar, Imanol se lo había comunicado a Filis; "lo comprendo, chico, yo hubiera hecho igual", le contestó su antigua compañera encogiéndose de hombros, "además, ya llevamos muchos meses de historieta juntos, ¿no crees?". Imanol había dicho que "sí, pero...", mas Filis no le había dejado terminar y cerró sus labios con un beso breve y una nalgadita cariñosa, "macizo...".

–Realmente, Yeni, no está nada mal el Ali... Además, es un hamuín... –siguió Filis con más sorna aún–. ¿A ver, chico? Date una vueltecita, que te veamos. Así..., así...

Y el pobre Ali, sin reacción rápida, como siempre, se encontró exibiendo su palmito entre las dos muchachas, cortado y un tanto ufano a la vez, sin saber si reir o sonrojarse hasta que las risas de los presentes le hicieron sentirse incómodo y se echó a un lado.

–¡Jo, Filis, tampoco es eso! Lo que quieras, me lo dices luego, ¿vale?

Simón opinó que no debían precipitar la cosa, que tal vez fuera interesante esperar novedades más concretas; además, se corría el peligro de que, si todas quedaban preñadas a la vez, los meses finales de embarazo y los de parto y lactancia podían crear un verdadero cáos en muchos grupos.

–Aquí mismo, sin ir más lejos –concluyó el viejo–. Si

durante tres o cuatro meses no podemos contar con ustedes, Yeni, Filis, Flora y Catalina, ¿qué podría pasar?

–En ese caso, yo soy prioritaria, Mago –risueña Yeni–. Soy la mujer de más edad aquí y si debo dar a luz varias veces en los próximos años, debo darme prisa, ¿no? ¡Me pido al Ali para el mes de junio!

El hamuín se había refugiado en la sombra, tras Simón el Mago, casi oculto por una acacia –tomaban el té después de la cena, fuera de la casa–, y en la penumbra se oyó su voz como para sí aunque bien distinta.

–¡Pues lo que me ha tocado este verano! –y luego encarándose con Yeni–. Y por qué yo, ¿eh? Podíais fijaros en Estambuli o en Arcadio que andan por ahí nuevecitos, ¿no? O en Simón, que tiene experiencia en eso de fabricar hijos...

–El Mago no está para esos trotes, ¿verdad Mago? Además –siguió Yeni con su carga, divertida–, Simón ya tiene muchos vástagos por ahí sueltos, según dicen –y Simón, aunque divertido, hacía gestos de "moderación" con la mano– y tú estás en la edad de ser un buen semental, chico.

–Pues a mí no me va esa movida, Yeni –seguía el hamuín Ali, muy en serio y afectado de corazón por el tema–. Yo sé follar normal, y me gusta, pero hacerlo para que se te quede dentro el niño me pone muy nervioso... Me esfuerzo mucho para que salga bien y luego me quedo exhausto, como los conejos... Una vez o dos al año, vale, pero más es demasiado.

Yeni trataba, muy seria, de contener la risa. No así Imanol, Filis, Don Fion, Flora y Catalina que casi se revolcaban por las mantas de algodón de colores que habían extendido para la tertulia y sobre las que se habían instalado las bandejas y ellos mismos. Estambuli y Arcadio, serios y con los ojos muy abiertos, ora clavados en el hamuín, ora en sus compañeros, no parecían comprender ni el alcance de las palabras de Ali ni el por qué de aquellas risas sin freno. A Arcadio, en concreto, lo de los conejos le había impresionado sobremanera.

–Pues la Filis y yo venimos preparadas para ser fecun-

dadas, chico –siguió Yeni impertérrita–. Hemos interrumpido nuestro tratamiento de contraconcepción y si tú tardas en decidirte... no sé qué vamos a hacer.

–Pues no, y no, tías. Además –ya de pie, Ali, muy serio y hasta brillante orador–, sois unas caprichosas y mujeres de ideas fijas, ¿Por qué yo, que acabo de portarme como un hombre con Auanita, y no Arcadio por ejemplo, eh?

A Arcadio, que aquello de los conejos le había llegado al alma y le seguía trabajando dentro, no le gustó nada la alusión del hamuín.

–¡Eh, tú, Ali! ¡Déjame en paz a mí! –hablaba también muy serio Arcadio, sentado a la turca como estaba pero ya los brazos tensos apoyados en el suelo para saltar en pie si fuera necesario–. Arréglatelas como puedas y no compliques a los demás en tus problemas. Si la Yeni dice que tú vales, por algo será, que las mujeres saben bien de eso.

Ya todos, incluído Simón, eran una pura carcajada; Yeni reía abiertamente y Estambuli se sentía también arrastrado por el reír general.

–Muy bien dicho, Arcadio –pudo articular Yeni.

–Perdona, chico –se disculpó Ali–, pero es que son unas cabezotas. Además, no te vendría mal a ti comenzar a follar un poco, ¿no?

–¡Y a ti qué! Ya empezaré cuando me apetezca y como me apetezca. ¡Y tú qué sabes si no empecé ya! –y Arcadio se puso también de pie de un salto–. ¡Métete en tus cosas, Ali!

Simón, malconteniendo la risa, sugirió que ya estaba bien del tema por aquella noche, que al día siguiente había faena dura y había que dormir. Algunos, entre ellos Yeni y Filis, recogieron las mantas y cacharros de la velada y los metieron en la casa. Don Fion quiso hablar algo con Ali pero el chico no estaba para razonamientos y pensó el gallego que era mejor dejarlo para el día siguiente. Simón, con Estambuli y Arcadio, se dio una vuelta por los cercados para echar un vistazo a los animales; Ali se adentró en el bos-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

quecillo de acacias huyendo de las atenciones que pretendían prestarle sus compañeros. Aquella noche se la pasó al raso, bajo el más alejado árbol de la casa y de las jaimas, taciturno, en ocasiones añorando a su Auanita, hasta quedar profundamente dormido bajo aquel, el más gigantesco y viejo árbol, el de sombra más acogedora, la acacia abuelo de aquel jardín.

Don Fion –de quien este amanuense ha obtenido el grueso de información para estos capítulos últimos, como quedó dicho más arriba– recordaba que aquel verano había sido delirante tanto en el valle como en los grupos de trashumantes del sur, según las noticias que les llegaban de vez en cuando, así como por todo el paraíso de las islas; cada viajero que pasaba o cada viaje que hacía al norte algún miembro del grupo significaba historias y más historias simpáticas y hasta disparatadas, en ocasiones también un puntito dramáticas, que supongo que será materia para no pocos relatos como éste que me esfuerzo en con sobriedad contar. El verano del año 67 de la gran guerra, del año 67 del paraíso de las islas mejor, fue recordado un tiempo como el verano "del polvo fecundante" o "del polvo fecundador" o "el verano de la gran fecundación". Hasta tal punto tuvo incidencia la campaña que hay toda una generación, tal vez la más numerosa recordada por los demógrafos post-paulovianos, de niños nacidos en la primavera del año 68 del paraíso de las islas, particularmente del mes de mayo. Mayo del 68 marcaría tales cotas de natalidad que, de alguna manera, el temor levemente apuntado por Simón de que podría darse hasta un bloqueo o fuerte entorpecimiento de los trabajos de los grupos fue una realidad y llegaron a semiparalizarse muchos proyectos en marcha al faltar casi la mitad de fuerzas productivas, las de las parturientas, lactantes y preparturientas; nadie pudo tomarse un día de respiro; se paría por todas partes y, en zonas más cálidas, hasta debajo de los árboles; hubo cursos intensivos de comadrones y –en lo que a nuestro espacio se refiere– hasta el propio Arcadio –un muchachillo hasta entonces sin duda, a pesar de estar a punto de sus veinte años– atendió

en el parto personalmente a la zagala Ñica, de diecinueve años, que dio a luz una chiquilla diminuta y llorona, hija de ambos, a la que dieron el nombre de Arcadia, en honor del padre, y el apellido de su mamá Ñica, Coprulu o Koprulu. Muchas de las sugerencias de Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, fueron desbordadas por la amplitud y rapidez de la respuesta al llamamiento de Paulov. Pero es otra historia que haría dispersarse demasiado a este amanuense, a este relato.

Todas las mujeres del grupo del valle del Mago quedaron preñadas. Flora Abenza del gallego Don Fion, con seguridad, y lo mismo –con seguridad– Catalina Ivanova de Imanol Tolosa; Filis, al parecer, de Ali Hamuín, al que habían convencido al fin de que follar para dejar embarazada a una chica en nada se diferenciaba de follar sin más o por cortesía; este "al parecer" sólo lo fue al principio –Filis había tenido algún contacto con Imanol previo a la gravidez–: el niño que le nacería en marzo del 68 era el vivo retrato del hamuín en pálido. Yeni, sin embargo, no pudo precisar la paternidad de su hijo: nunca supo si debía considerarlo hijo de Simón, del hamuín Ali o fruto de un viaje breve al norte del final del verano; fue una hermosa niña de mayo del 68 y Yeni prefirió que fuera así, enteramente suya, sin sombra de paternidad concreta. Arcadio, con la chiquilla Ñica, había viajado en agosto a Guelma y, con el exaltado ambiente general, habían decidido también la fecundación; el fruto fue la pequeña Arcadia Coprulu; el viaje a la casa despertador de pájaros de la joven futura mamá Ñica para dar a luz, en su segunda experiencia de trashumancia, era toda una hermosa historia de amor claramente fuera también del modelo bujudminiano; y Arcadio, con la niña Arcadia Koprulu en brazos, tonto de alegría y ya sin saber qué hacer con ella –aún con los ojos semicerrados la había llevado a los cercados de las vacas, a la fuente de la Estrella, a ver a su yegüilla árabe Blanca...– significaba que algo empezaba a cambiar entre la chavalería de los grupos.

En cuanto a Estambuli Entrambosaires, la fiebre preña-

dora que alcanzaba a la mayoría a él le afectó de manera muy particular; no cesó de enviar mensajes a Leila Naser –V, para entendernos– durante todo el verano; viajero que pasaba hacia el este, viajero que se encontraba en Guelma o en Annaba con cartas de Estambuli para Leila, apasionadas líneas en nada diferentes a las del otoño anterior. "Querida Leila: la gente se ha vuelto loca y yo sufro tu ausencia sobremanera, ¿será ésto estar enamorado? Hasta algunos días creo comprender eso que los antiguos llamaban celos, sobre todo cuando pienso que tal vez te esté preñando algún tipo por ahí y que te guste. Casi todas las noches te me apareces en sueños, casi siempre vestida de pastora Marcela, y me pones muy cachondo y te fecundo, ¿sabes? No dejes de decirme si a ti te pasa lo mismo..." No sabe este amanuense si Leila y Estambuli conservan sus cartas de aquellos años jóvenes; habría que investigarlo y material bien hermoso sería para un texto de lo que llamaban género epistolar... Leila contestó en varias ocasiones a las misivas del Estambuli, notas breves, cariñosas, tranquilizadoras; el ambiente general, sobre todo en el agosto alejandrino de la compañía, también a ella le afectaba; sin embargo, y así se lo aseguraba en sus cartas a su amigo lejos, seguía firme en su no dejarse penetrar. Finalmente, en la última carta, Leila aceptaba una cita con Estambuli: quedaron en verse, a finales de septiembre, en Trapani; en el jardín de ciruelos e higueras en donde los restos de Gina Manfredi reposaban se reunirían los dos amantes, inmejorable escenario para su entrevista y –Leila no se lo aseguraba aunque decía que se lo plantearía con seriedad y Estambuli anhelaba que fuera así– tal vez para su noche de bodas. Cuando Estambuli llegó a Trapani, por barco desde Annaba, Leila Naser –ya en Palermo, preparaba la gira de otoño– le esperaba al pie de la pasarela y en el abrazo a los dos jóvenes se les saltaron las lágrimas. La fiesta del equinocio de otoño, en el jadín de ciruelos e higueras de Gina Manfredi, fue para los dos una noche de exaltado amor, pero... Leila había suplicado a Estambuli que respetara su virginidad aún y el muchacho –al principio entristecido, luego le dio igual– le

había asegurado que no debía preocuparse, que así lo haría. Y así lo hizo. Fue una noche de exaltado amor para los dos y –aunque sin penetración– cada ciruelo y cada higuera del jardín –sin duda también aquellos que albergaban el sueño de Gina, testigos de la locura de Rocco, imposibles de individualizar según el plan de Erik Andersen de convertir aquel bosquecillo de frutales en memoria multiplicadora de aquella historia de amor y muerte, una de las más sobrecogedoras y hermosas del paraíso de las islas– testigos fueron también de las caricias, palabras, suspiros, risas y revolcones de aquellas dos teas encendidas que eran los cuerpos de Estambuli y Leila. Varios días más prolongaron su fiesta particular y apasionada; cuando se despidieron –Estambuli volvía al valle del Mago–, Leila seguía virgen... pero –lo descubriría semanas después y así se lo comunicó a Estambuli por carta– estaba embarazada. A Leila Naser tuvieron que desvirgarla al bisturí, antes del parto, una hermosa niñita vivo retrato de Estambuli Entrambosaires pero mucho más clara la piel, Leila Naser VI, nacida el último día de mayo –¡santo cielo, qué florido mayo!– del 68.

¡Meses de fuego, de juego, de alegría! El contrapunto dramático –y con ello quiero terminar esta II parte del relato– lo marcó, sin pretenderlo en absoluto, Catalina Ivanova. La chica Ivanova había quedado preñada de Imanol Tolosa, como habíamos visto, y sus primeros dos meses de embarazo transcurrieron, aunque con alguna indisposición, bien. Fue a mediados de agosto cuando comenzó a sentirse molesta, con vomitonas demasiado abundantes y pesadillas cada noche en las que se sentía perseguida por perros innumerables y entre sudores gritaba "mamá, guau-guau" o ladraba sin más. Luego –Imanol, a la semana de ver pasar las noches a su compañera en un ladrido, estaba aterrado– Catalina había comenzado a pasar mal los días también; perdió el apetito, perdió la alegría, casi no hablaba con nadie y, en ocasiones, como traspuesta, los ojos perdidos lejos, musitaba entre dientes "¡no puedo soportarlo!", o "¡que me quiten ésto!" Cuando en las pesadillas noctur-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

nas comenzó a gritar, después de los ladridos, "¡Que me saquen ésto de aquí!", todos, comenzando por Imanol, opinaron que había que hacer abortar a la chica. La llevaron a Guelma y antes del cuarto mes de embarazo le extrajeron del vientre aquella gambita-feto, futuro niño que la Ivanova no había podido soportar en su cuerpo. Un mes largo se pasaría Catalina con fiebre alta y pesadillas; un sueño se le repetía obsesivamente cuando la fiebre remitía: un perro sucio, hambriento, de ojos tristes, perdido en una gran ciudad, maltratado en todas las esquinas de las calles en su vagabundeo y que terminaba corriendo y corriendo sin rumbo, atravesaba plazas, se metía en callejas sin salida, doblaba una y mil veces la misma esquina... Otro sueño era constante también en períodos de fiebre alta: unos como dibujos lineales de estatismo de foto fija —en contraste con la gran movilidad del sueño del perro abandonado en la gran ciudad—, que en ocasiones se alejaban o se acercaban en zoom lento hasta aparecer fragmentados, y que un día por azar reconoció en las gacelas de Samara, bajorrelieves lineales saharianos de ancestral belleza. Ya repuesta, Catalina Ivanova volvió a ser la muchacha de siempre, animosa y resuelta, despreocupada de su cuerpo, afable... y sin memoria clara de aquellos meses oscuros de su frustrada maternidad. Sólo recordaba con precisión —y eso hizo que pudiera reconocerlas un día— la imagen fija de las gacelas de Samara.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6